

LA SOMBRA DE PROMETEO

Marzo, 2026.

Vol II No. 4

Dossier:

MUERTE Y EXISTENCIA

Filosofía,
Literatura,
Arte y
Ciencia

Muerte y existencia: En torno a una idea freudiana

Entre dos silencios: existencia y muerte

Muerte y existencia

Hamartía, Acta est fábula

La verdad de la muerte y la codicia de Prometeo



Francisco José Audije Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Lesliemarie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhuesa Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González y Benjamín Reyes Navarrete.

Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

WWW.LASOMBRADEPROMETEO.COM
WWW.REVITSA.LASOMBRADEPROMETEO.COM



REVISTA LSP

LA SOMBRA DE PROMETEO

DIRECCIÓN EDITORIAL
EDICIÓN Y DISEÑO

EDUARDO RUIZ CUEVAS

CONTACTO:

INFO@LASOMBRADEPROMETEO.COM

ISSN: 9798266863712

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO
MARZO 2026
VOL 2. NÚMERO 4

PERIODICIDAD: BIMESTRAL

EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO

©Todos los derechos reservados

Carta del editor

Queridos lectores:

Marzo, 2026

Este proyecto nace y se sostiene por convicción y amor al fuego del pensamiento y la creatividad. La Sombra de Prometeo no recibe ningún tipo de apoyo institucional dentro del sector público o privado. Apostar por la cultura, la filosofía y las artes siempre es un desafío, sin embargo creemos que vale la pena asumir el riesgo.

Por eso hoy los invitamos a apoyar el desarrollo de este proyecto, a través de una membresía en Patreon, la cual no es una donación: es el fuego que permite que La Sombra de Prometeo siga llegando a esos lugares donde la sombra domina.

Al unirte a nuestro Patreon obtienes beneficios, algunos de ellos:

- Tomos impresos enviados directamente a tu domicilio.
- Contenido mensual VIP.
- Acceso exclusivo a talleres de análisis, creación literaria y filosófica, impartidos por el equipo editorial.
- Impulsar las obras de autores y colaboradores.
- Agradecimiento en los créditos de cada número y mención en nuestros eventos.
- Contenido anticipado, archivos digitales y la satisfacción de saber que haces posible que este espacio siga existiendo.

Agradecemos profundamente tu apoyo y acompañamiento. El fuego sigue encendido gracias a ti.

Atentamente,



Eduardo Ruiz Cuevas
Director

Revista La Sombra de Prometeo
CDMX



www.patreon.com/c/LaSombraDePrometeo/membership

Guía para el lector

Este número de La Sombra de Prometeo ha sido excepcionalmente amplio por el enorme impacto que generó en la comunidad de creadores. La convocatoria superó todas las expectativas y obligó a dividir el material en dos partes. En este momento presentamos el primer número especial.

El tema de la existencia adquiere una relevancia especial en estos tiempos que pretenden negarla. En una era donde las redes sociales censuran incluso la mención de la palabra “muerte”, como si la finitud se hubiera convertido en un tabú moderno, resulta más necesario que nunca hablar de ello. El fuego de Prometeo busca siempre llegar a aquellos puntos que pueden resultar incómodos pero humanamente imprescindibles.

El dossier filosófico de la revista establece la tesis fundamental que vertebrata todas las secciones: la muerte no es concebida como un mero cese biológico, sino como una fuerza estructural que dota de forma, medida y sentido a la existencia. Esta reflexión inicial sobre las tensiones entre Eros y Thanatos, la apoptosis como muerte programada en los organismos vivos, el vacío existencial que se abre entre dos silencios y la codicia prometeica por arrebatarse la inmortalidad a los dioses, sienta las bases para entender cómo la conciencia de la finitud se convierte paradójicamente en el motor que intensifica la creación y la libertad humanas. Desde este prisma, las artes gráficas traducen dicha tensión filosófica a un potente lenguaje visual que fusiona la estética clásica con conceptos contemporáneos de caída, tiempo y disolución, destacando especialmente un cómic conceptual que convierte la muerte en una narrativa gráfica descendente de diez pisos, como si cada nivel fuera una estación existencial hacia el vacío. La literatura, por su parte, aborda la mecánica del tiempo detenido, la herencia del ser y la reparación simbólica de los relojes como metáfora de una vida que se intenta recomponer frente a la certeza del final, logrando conectar lo cotidiano con lo trascendente a través de un tono introspectivo que serenamente acepta la finitud como horizonte inevitable. La poesía eleva esta materia existencial a su máxima depuración lírica, cantando al silencio que aturde, a la parca, a la desaparición y a la sábana blanca que todo lo cubre, transformando la conciencia efímera del ser en versos elegíacos de una precisión conmovedora. Finalmente, la sección de ciencia ancla todas estas indagaciones en el suelo firme del conocimiento contemporáneo, ofreciendo una mirada multidisciplinaria que explora la neurología de las experiencias cercanas a la muerte, el enigmático lenguaje de quienes ya no pueden hablar y una visión integral que cruza biología, filosofía y tecnología para seguir comprendiendo cómo ese límite absoluto sigue definiendo, incluso en el siglo XXI, los contornos de lo humano.

La comunidad creadora sigue en plena expansión y hoy abarca México, Estados Unidos, Canadá, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Colombia, Chile, España, Uruguay, Argentina, Venezuela, Perú y Portugal.

Finalmente, queremos agradecer a todos los autores que hicieron posible este número extraordinario: Francisco José Audije Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Lesliemarie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhueza Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González y Benjamín Reyes Navarrete.

Gracias a cada uno de ustedes.



Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

DOSSIER MUERTE Y EXISTENCIA	<u>MUERTE Y EXISTENCIA EN TORNO A UNA IDEA FREUDIANA</u>	
	Genaro Valdovinos Andrade	10
	<u>ENTRE DOS SILENCIOS: EXISTENCIA Y MUERTE</u>	
	María Ferrer	18
	<u>MUERTE Y EXISTENCIA</u>	
ARTES GRÁFICAS	Eduardo Ruiz Cuevas	23
	<u>HAMARTÍA, ACTA EST FÁBULA</u>	
	Dayhanne José Ureña Peralta	27
	<u>LA VERDAD DE LA MUERTE Y LA CODICIA DE PROMETEO</u>	
	Amadeus Estrada Cázares	30
LITERATURA	<u>Ten Stories Down</u>	
	Noah Evan Wilson	34
	<u>La mecánica de los relojes detenidos</u>	
	Víctor David Manzo Ozeda	45
	<u>CLAUDIA CARDINALE (1938-2025)</u>	
	Fran Audije	49
	<u>LOS PIES EN LA LUNA</u>	
	Norma Beatriz Castillo	51
	<u>HAY UN RUMOR POR AHÍ DE QUE VOY A MORIR</u>	
	Omar Rosa	53
	<u>FINAL DE OCTUBRE</u>	
	René Pinet Plasencia	57
	<u>DIÁLOGO DE SORDOS V</u>	
	Schava	59
	<u>TRASCENDER ES EXISTIR</u>	
	Angélica Guzmán	61

POESÍA

<u>EL ENTERRADOR</u>	
Eihir	65
<u>TANATOMICROBIOMA o MEMENTO</u>	
<u>MORI</u>	
MARÍA SOFÍA ABARCA	70
<u>TEXTO SURREALISTA</u>	
David Bedoya Restrepo	73
<u>LUNA CANINA</u>	
Eduardo Ruiz Cuevas	74
<u>MANUAL BREVE PARA DESAPARECER</u>	
<u>SIN INCOMODAR</u>	
Adriana de Jesús Casas Moreno	79
<u>JANUS</u>	
Víctor Gutiérrez Gándara	81
<u>DIEZ GOTAS DE SANGRE</u>	
NB	82
<hr/>	
<u>LA MUERTE</u>	
Francisco José Audije Pacheco	88
<u>CEMENTERIO RURAL</u>	
Jorge Rolando Acevedo	90
<u>LA VIDA MISMA</u>	
JUAN ALGRUTA	91
<u>¡VOLVÍ MIS PASOS ...!</u>	
Edmundo Pérez	92
<u>CALENDARIO</u>	
Ícaro	94
<u>MORFOSIS</u>	
Adam P. Astacio Velázquez	95
<u>EL FIN DE LA AVENIDA</u>	
Idania del Corral Fumero	96
<u>LA LOMITA</u>	
Omar Cabrales	98
<u>CUANDO NO TENGA NADA QUE HACER</u>	
Natalia Rychert Slawinska	99
<u>CONCIENCIA DE LO EFÍMERO</u>	
Adair Zepeda	100
<u>LA HERMENÉUTICA DE LOS LATIDOS</u>	
María Sofía Abarca	102
<u>UN NEGRO RESPLANDOR</u>	
Isaac Marcos León Macías	104

<u>CAMINO DESCALZA POR LA VIDA</u>	
Cayla Carbonell Correa	105
<u>LA PARCA</u>	
Lesliemarie Ortiz Santana	106
<u>SÁBANA BLANCA</u>	
Aldo Matus	108
<u>ESTA MUERTE NO ES MÍA</u>	
Paulo Neo	109
<u>*****1</u>	
Mauricio José Sanhueza Granda	110
<u>DESAPARECISTE</u>	
Abril Navarrete Mena	111
<u>ESPECIE EN EXTINCIÓN</u>	
Sofía Florencia Figueroa Magallán	112
<u>MORIR</u>	
Josè Lissidini Sànchez	114
<u>21 DÍAS</u>	
María Isabel Chaves Acosta	116
<u>LOS MUERTOS NO RÍEN</u>	
Carlos Cristian Italiano	117
<u>SILENCIO</u>	
Norma Minniti	118
<hr/>	
<u>UNA VISIÓN MULTIDISCIPLINAR DE LA MUERTE EN EL SIGLO XXI</u>	
Juan Cifuentes	120
<u>LA NEUROLOGÍA DE LA EXPERIENCIA CERCANA A LA MUERTE</u>	
Rubén Cortés Salazar	122
<u>EL LENGUAJE DE LOS QUE YA NO HABLAN</u>	
Dr. Julián Castellanos	124
<u>SAMANTHA ES SÓLO UN SUEÑO</u>	
Enrique Villegas	126
<u>MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN</u>	130

REVISTA

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO



Año I
Volumen II
Número IV
Marzo, 2026

Revista La Sombra de Prometeo

www.patreon.com/c/LaSombraDePrometeo/membership

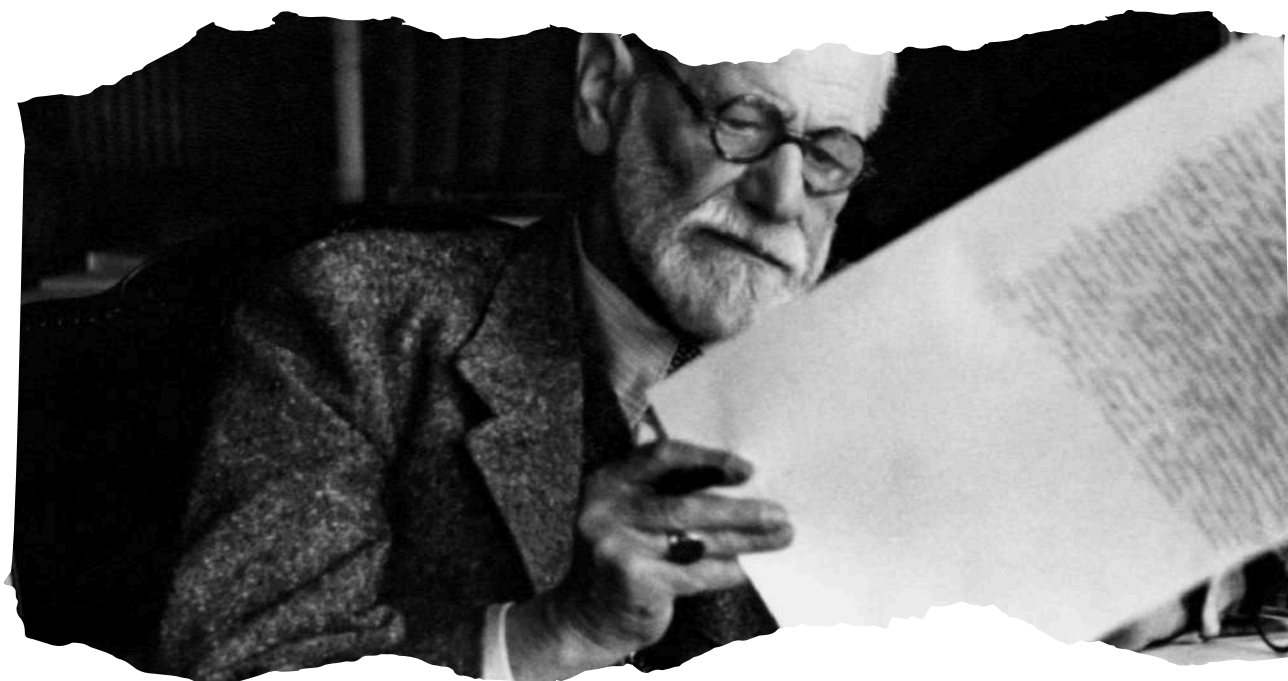
LA SOMBRA DE
PROMETEO

DOSSIER
MUERTE Y EXISTENCIA



MUERTE Y EXISTENCIA EN TORNO A UNA IDEA FREUDIANA

POR GENARO VALDOVINOS ANDRADE



“Con frecuencia, los accidentes son formas de 'acting out'. Se ha encontrado en la investigación clínica, por ejemplo, que muchos accidentes automovilísticos son suicidios o intentos de lo mismo”

Leopold Bellak - Manual de psicoterapia breve, intensiva y de urgencias.

I. El escándalo inicial

La vida no está orientada sólo a vivir.

Decirlo así suena casi obsceno. La biología, la moral, la religión y la publicidad coinciden en un punto: la vida quiere perseverar. Se adapta, lucha, sobrevive, se reproduce. Pero cuando Sigmund Freud escribe *Más allá del principio del placer*, introduce una grieta profunda en esa narrativa confortable. Su mérito no habría sido únicamente descubrir el inconsciente a finales del siglo XIX —aunque las implicaciones de esto ya eran suficientes para escandalizar a la modernidad—; descubre también, posteriormente, que la economía misma de la vida psíquica no se rige exclusivamente por el principio de conservación.

El niño repite el juego que lo angustia. El adulto insiste en el vínculo que lo destruye. El soldado revive en sueños el horror que querría olvidar. Hay algo que no obedece al principio de placer. Algo que no busca sólo el bienestar, sino la descarga, la reducción de tensión, la vuelta a un estado anterior. Ese estado, sugiere Freud, es lo inorgánico.

No se trata de un deseo consciente de morir. Se trata de una tendencia estructural que atraviesa la organización misma de lo vivo: desatar lo ligado, romper formas, disolver configuraciones. Eros construye; Thanatos, otra fuerza opuesta, descompone. Ambas operan simultáneamente.

Aquí conviene subrayar el verdadero escándalo: la muerte no sería únicamente el desenlace biográfico de la vida, sino una fuerza interna que trabaja en ella desde el principio. No sólo final, sino motor. No sólo destino, sino operador.

La vida, entonces, no sería una marcha lineal hacia la plenitud, sino un campo de fuerzas contradictorias donde organización y desorganización se entrelazan.

II. Forma, materia y sustracción

Si queremos pensar la idea sin moralismos, conviene cambiar de metáfora. No hablar de “instinto suicida” ni de “deseo oscuro”, sino de forma y materia.

Toda forma es una delimitación. Un organismo es una frontera: lo que incluye y lo que excluye. La identidad psíquica es una ligadura: lo que se mantiene unido frente a lo que amenaza disgregarse. La cultura es una red de contenciones: leyes, símbolos, instituciones que atan lo que podría dispersarse.

La muerte, en este marco, no es sólo negación. Es el principio que limita, que sustrae, que corta. La escultura no emerge por acumulación indefinida de materia, sino por sustracción. El escultor no añade; retira. Trabaja contra el bloque, pero también gracias a él.

Aquí cabría plantear —sin dramatismo retórico— que la muerte no es únicamente el término de la vida, sino uno de los principios que la esculpen. La vida sería el material; la muerte, el cincel; y ambos, paradójicamente, el mismo proceso visto desde un ángulo invertido.

En biología se ha sugerido que la gallina es una estrategia del huevo para producir otro huevo. ¿Podría insinuarse, con igual frialdad conceptual, que el humano es una estrategia de la materia para organizarse de manera compleja y, finalmente, desorganizarse de modo igualmente complejo? La vida sería el rodeo más sofisticado hacia la simplificación en la concepción de un aciago demiurgo de inspiración cioránica.

III. La objeción interna: ¿es primaria la pulsión de muerte?

La teoría freudiana no ha estado exenta de críticas dentro del propio psicoanálisis. No todos aceptaron la idea de una tendencia primaria —y de perfecta geometría dialéctica— hacia la muerte.

Otto Kernberg, por ejemplo, ha cuestionado la necesidad de postular una pulsión de muerte primaria y biológicamente fundada. Para él, la agresividad puede comprenderse como derivada de frustraciones tempranas, de conflictos relacionales, de fallas en la integración del self, sin necesidad de apelar a una fuerza innata orientada a la destrucción. Desde esta perspectiva, la destructividad no sería un principio originario, sino el resultado de experiencias traumáticas y de organizaciones psíquicas patológicas.

Otros analistas, desde épocas tempranas, también dudaron de que pudiera demostrarse biológicamente una tendencia primaria hacia la muerte. La hipótesis freudiana parecía más una construcción metapsicológica que un hecho empírico verificable. ¿Dónde estaría ese “instinto”? ¿En qué tejido, en qué circuito neuronal, en qué gen?

La prudencia de estas objeciones no es menor. Introduce un límite necesario: la pulsión de muerte no puede presentarse como un dato fisiológico evidente.

Es una hipótesis teórica que intenta explicar fenómenos clínicos: la repetición compulsiva, la autodestructividad, la agresión que no se reduce al cálculo racional. Sin embargo, el hecho de que no pueda localizarse mediante una disección no implica que sea conceptualmente superflua. La física no “ve” la entropía como órgano, pero la reconoce como principio dinámico-estructural. Tal vez la cuestión no sea si existe un “gen de la muerte”, sino si la tendencia a la desorganización forma parte de la economía global de lo vivo.

IV. Biología de la autodestrucción: apoptosis y ventaja evolutiva

En tiempos más recientes, algunos autores han intentado tender un puente entre la especulación psicoanalítica y la biología molecular. Marcelino Cereijido, en *La muerte y sus ventajas*, explora precisamente esta zona ambigua donde la muerte deja de ser mero accidente y aparece como función.

La apoptosis —la llamada “muerte celular programada”— es un ejemplo contundente. Células que activan mecanismos internos para autodestruirse en beneficio del organismo. Genes que regulan procesos de eliminación. Tejidos que se modelan gracias a la destrucción controlada de sus propias partes. Sin apoptosis, el desarrollo embrionario sería caótico; el organismo, inviable. Los tumores cancerígenos en gran parte se presentan cuando estos mecanismos fallan. Es vida reproduciéndose descontroladamente. La autodestrucción, en ciertos niveles, no es falla sino condición de forma.

Desde la biología evolutiva, la muerte individual puede interpretarse como ventaja para la especie. Un ciclo de vida breve permite adaptaciones rápidas en entornos cambiantes; un ciclo largo puede favorecer estabilidad y acumulación de complejidad. Organismos que duran días y se reproducen frenéticamente; árboles como la *Sequoia sempervirens* que pueden vivir miles de años. No hay un modelo único de longevidad óptima. Cada forma de vida ajusta su duración a su estrategia ecológica.

La muerte, entonces, no es mero castigo cósmico. Es variable funcional.

Aquí la especulación freudiana adquiere un matiz inesperado: tal vez la tendencia a la disolución no sea simple negatividad, sino componente estructural de la organización. La vida no sólo lucha contra la muerte; la integra en su arquitectura.

Sin embargo, conviene no forzar el paralelismo. La apoptosis no es equivalente a la pulsión de muerte psíquica. Una opera en circuitos moleculares; la otra en economías libidinales. Pero el hecho de que la biología reconozca mecanismos programados de autodestrucción introduce una resonancia inquietante: la desorganización no es siempre externa; puede estar inscrita en el propio diseño.

V. La cultura como dique y como amplificador

Si ascendemos del nivel celular al nivel social, la tensión se vuelve más visible. En *El malestar en la cultura*, Freud sostiene que la civilización surge para contener la agresividad humana. Ley, moral, religión, sublimación: dispositivos para ligar lo que tiende a desatarse. Pero todo dique genera presión.

La cultura reprime, pero también intensifica. El superyó se vuelve feroz. La culpa se expande. La violencia desplazada encuentra salidas indirectas. Las guerras se racionalizan como defensa, progreso o justicia.

Aquí cabría lanzar una pregunta incómoda: ¿la civilización prolonga la vida biológica al tiempo que administra con mayor precisión las fuerzas de destrucción? La técnica amplifica nuestra capacidad de conservar, pero también de aniquilar. La economía produce riqueza y crisis. El espectáculo convierte la catástrofe en consumo.

La modernidad no es simplemente el triunfo de Eros sobre la agresividad. Es el laboratorio donde ambas fuerzas se han sofisticado.

Desde la fascinación mediática por el desastre hasta la destrucción ecológica sistemática, la cultura contemporánea parece haber aprendido a explotar la tendencia a la ruptura. No se trata de caos puro, sino de administración sofisticada de la disolución. La muerte no es expulsada del sistema; es integrada como recurso.

VI. Repetición, goce y límite

Freud no estaba solo en advertir que el placer no gobierna todo. Más tarde, Jacques Lacan hablará de un goce que excede el principio de placer: una satisfacción en lo que daña, en lo que desborda, en lo que rompe la homeostasis. Y pensadores contemporáneos como Slavoj Žižek insistirán en que los sistemas sociales pueden reproducir violencia estructural mientras prometen estabilidad.

Pero no es necesario convertir una aproximación en un desfile de nombres. Lo esencial es lo siguiente: la experiencia humana muestra que la repetición de lo doloroso no es anomalía estadística. Hay algo en nosotros que insiste.

Esa insistencia puede leerse como fracaso adaptativo. O puede leerse como expresión de una economía más compleja donde la descarga, la ruptura o la pérdida cumplen funciones simbólicas imprescindibles.

Aquí cabría sugerir que la pulsión de muerte no es simplemente tendencia a la aniquilación, sino impulso a atravesar límites. A desatar configuraciones rígidas. A forzar transformaciones que la mera conservación no produciría.

La muerte como final absoluto paraliza. La muerte como fuerza estructural dinamiza.

VII. Longevidad, tiempo y medida

La duración de la vida no es uniforme. Desde insectos efímeros hasta árboles milenarios, la biología exhibe una pluralidad de tiempos. La longevidad no es un valor moral sino estrategia adaptativa.

Un organismo que vive días puede multiplicarse velozmente; uno que vive milenios puede estabilizar un ecosistema entero. La muerte individual, en este contexto, no es fracaso sino ritmo.

Trasladado al plano humano, esto abre otra pregunta: ¿qué hacemos con nuestro tiempo? La conciencia de finitud intensifica la experiencia vital. La certeza de que la forma es provisional obliga a decidir. La muerte no sólo limita; otorga medida.

Si la vida fuese indefinida, quizá carecería de urgencia. La finitud no es simple amenaza; es condición de intensidad. La escultura adquiere valor porque el bloque no es infinito.

VIII. Hacia una síntesis provisional

Claro fue que Freud dinamitó el humanismo ingenuo al mostrar que la vida no quiere sólo vivir. Kernberg introduce prudencia al cuestionar la necesidad de una pulsión primaria biológicamente demostrable. La biología contemporánea revela que la autodestrucción puede estar programada y ser funcional. La cultura moderna exhibe la sofisticación con que administramos nuestras propias fuerzas de ruptura. ¿Qué hacer con todo esto?

Tal vez no convenga elegir entre metáfora clínica y gen molecular. Tal vez convenga pensar en niveles.

En el nivel físico, la materia tiende a la entropía.

En el nivel biológico, la vida organiza y desorganiza estratégicamente.

En el nivel psíquico, la repetición muestra que no todo obedece al placer.

En el nivel cultural, la agresividad es contenida y explotada.

La muerte, entonces, no es sólo evento terminal. Es principio que atraviesa niveles y es en la consciencia y en la acción sobre ello que la humanidad puede tener injerencia en su propio drama.

No organizamos la vida únicamente para evitar la muerte. La organizamos para diferirla, distribuirla, administrarla. Y en esa administración, la muerte trabaja también como escultor silencioso.

IX. Cierre: la doble artesanía

Quizá el mayor aporte de la idea freudiana no sea haber “probado” la existencia de una pulsión de muerte, sino haber obligado a pensar la ambivalencia de la vida.

La vida no es moralmente pura. No es proyecto lineal de autorrealización. Es tensión entre ligadura y ruptura, entre construcción y sustracción.

Cada organismo es victoria provisional contra la entropía.
Cada cultura es dique que acumula presión.

Cada identidad es forma que se sostiene sobre exclusiones.

La muerte no es sólo el final del relato. Es uno de sus autores.

Y acaso la existencia humana sea la obra más compleja de esa doble artesanía: la de una vida que se afirma y la de una muerte que la esculpe desde dentro.



ENTRE DOS SILENCIOS: EXISTENCIA Y MUERTE

POR MARÍA FERRER



Existir es un fenómeno improbable, tanto más improbable, cuanto más extraño. El ser humano es inhabitual en el Cosmos. ¿Cuántos millones de años transcurrieron sin nosotros, y cuántos más transcurrirán cuando nos hayamos extinguido? Antes de existir no éramos y después de existir no seremos. Durante millones de años, el universo estuvo completo sin nosotros; durante casi toda la existencia del universo, nosotros no estuvimos aquí: había materia organizándose vertiginosamente en formas complejas, millones de estrellas nacieron y murieron con indiferencia; los océanos se formaron, especies nacieron y desaparecieron, y en ningún momento el universo necesitó de nosotros, ni siquiera imaginó nuestros nombres; el mundo no necesitó de nuestra conciencia, y a pesar de todo, aparecimos, de una manera que aún no conocemos.

Somos la presencia inexplicable -e incómoda- entre dos grandes ausencias.

¿Cuántas formas de vida humana se han descubierto en nuestro universo? La ausencia de nuestros semejantes nos hace aún más improbables. No es normal existir, lo normal sería no existir. En torno a nosotros sólo hay ausencias y silencios. Durante millones de años el uni-

-verso no supo de nosotros, no hubo un vacío que llenar, y sin embargo, sucedió: apareció nuestra existencia sin haberla pedido, como resultado de una cadena infinita de eventos que pudieron no ocurrir.

Somos el gran milagro del cosmos.

Existimos como quien atraviesa un umbral con los ojos vendados.

La existencia es ese silencio breve y extraño que embellece la gran sinfonía de la Vida, sin saber quién la compuso ni por qué lo colocó en ese sitio. Es como aparecer en una habitación con la luz encendida quién sabe desde cuándo, sin saber quién la encendió, ni cuándo se apagará. Es aparecer en una fiesta, sin saber cuándo y cómo llegaste, sin saber quién te invitó, ni cuándo, ni a dónde te irás.

La existencia es el improbable intervalo entre dos silencios de ausencia y en este breve instante florece todo cuanto somos: las cosas más hermosas, las más terribles y las más irrelevantes. A pesar de todo y de nada pero, entre toda esa maraña de experiencias, aparece la manzana envenenada, la bomba de tiempo, la grieta que desgarrar... Aparece nuestro mayor temor: la falsa certeza de la muerte.

La existencia es una muerte permanente.

La muerte apareció en nuestra conciencia como la presencia incómoda del aguafiestas, del indeseable. ¿Obra de nuestra lógica? "Todo lo que nace muere". ¿Fue el invento de un creador para mantenernos sometidos e infelices? O quizás una artimaña de la naturaleza para su autoconservación. ¿Algún día lo sabremos?

Existimos a pesar de la muerte, no solamente a pesar de no saber qué es morir, sino a pesar de no saber lo que es existir realmente. Nuestra vida transcurre entre palabras y conceptos desconocidos que, a pesar de serlo, solemos entender y con los que podemos funcionar. La muerte nos es tan habitual, tanto que la damos por hecho, le hemos otorgado una función muy importante y vital: darle sentido a nuestra existencia. Somos tan absurdos y a la vez tan razonables: el sentido de nuestra existencia yace sobre lo desconocido.

Dicen que nadie experimenta en cabeza ajena y sin embargo, en el caso de la muerte, la experimentamos únicamente en la muerte de otros, nunca en la nuestra, tanto que puedo decir abiertamente que nuestra muerte, o más precisamente, mi muerte no existe...

Pero hay momentos en que, al pensar en ella, en mi muerte, surge la motivación para vivir. Qué irónico. Si vamos a morir, entonces, ¿tiene sentido hacer todo lo que hacemos para sobrevivir? ¿Tiene sentido existir? Qué absurdo o... ¡qué inmensamente humano!

La muerte es existencialmente incómoda. Es esa piedra en el zapato con la que aprendes y te habitúas a caminar. Vivimos con la esperanza de poder, a media calle, detenernos para sacarla y continuar, pero el camino de la vida no admite pausa alguna. La piedrita incómoda nunca se saldrá sola, no desaparecerá: irá erosionando nuestra existencia, desgastándola hasta lograr desaparecerla por completo. No nos queda más que vivir con ella, como esa enfermedad incurable que terminará matándote. Buscarás métodos para ignorarla, crearás las más sofisticadas artimañas para evitarla, sin éxito, sólo la inevitable resignación o incluso el dulce engaño de haberla olvidado por un instante será suficiente para seguir adelante.

La muerte nos escudriña, nos observamos a través de ella como esa mano que se dijuja a sí misma. Permanente. Inefable. Incomprensible... y elocuente.

Es el tema incómodo del que nadie quiere hablar en torno a una mesa en la celebración de Navidad.

Esa palabra incómoda que nadie quiere pronunciar ante la alegría del nacimiento de un hijo. Pero ahí está, acompañándote, silenciosa e hiriente.

¿Y si fuéramos eternos? ¿Dolería la existencia? ¿La vida sería una herida abierta? ¿Tendría valor nuestra existencia? ¿Existiría el tiempo? ¿Y qué hay de los momentos?

La existencia es un conjunto de pequeñas muertes que esperan la muerte definitiva.

Existir es morir a cada instante. La existencia es una muerte continua, no una muerte final y definitiva, sino una que ocurre discretamente, silenciosa, en pequeñas dosis que a veces son imperceptibles y otras, estridentes.

Las células desaparecen, los pensamientos se disuelven, las versiones anteriores de nosotros caducan y dejan de estar disponibles; la persona que fuimos hace años ya no existe, pero seguimos ocupando su lugar, usando su mismo nombre, viviendo su historia como si fuera la nuestra; heredando sus recuerdos como si fueran los nuestros.

Existir es aprender a desaparecer lentamente.

La muerte se convierte en una costumbre, esa en la que ocurre la paradoja más extraña: vivimos intensamente, como si nunca fuésemos a morir pero sabiendo

que cada instante es una reducción de vida irreversible y fatal. Vivimos con la certeza del presente como garantía de nuestra existencia, aunque sea lo más inasible que tenemos, justo en lo que nuestra existencia se desmorona.

Nuestra existencia es la vida en la grieta formada entre dos ausencias perfectas.

Antes de nosotros todo fue perfecto y después de nosotros, volverá a serlo. Somos la piedra incómoda -pero irrelevante- en el zapato del Cosmos.

Somos el mal rato que incomodó a la Naturaleza.

Después de nosotros, esa perfección volverá a quedar intacta, como si nada hubiera sucedido. La materia que sostiene nuestra conciencia se dispersará y formará nuevas formas de vida que no nos incluirán, pero en las que tenemos la necesidad de seguir de algún modo presentes, aunque sea como la ligera sensación de un recuerdo borroso, pero no habrá nada ni nadie que lo pueda reconstruir para siquiera saber que alguna vez estuvimos ahí.

¿Somos los humanos, los únicos que tenemos conciencia de la muerte? ¿Somos los únicos masoquistas que vivimos torturados pensando en que moriremos? ¿O es que nuestro miedo a morir es en realidad nuestro pavor de no haber vivido realmente?

Quizás más que morir, la tragedia consiste en no ser lo suficientemente relevante. Y ¿quién dicta lo que es ser "relevante"?

En la incoomodidad de la muerte, palpita el temor del olvido.

Ser olvidado, quizás es peor que estar muerto. quizás el verdadero nombre de la muerte es olvido. Los humanos somos seres ególatras por naturaleza. Estamos acostumbrados a ser importantes para nuestros semejantes. Nos gusta ser recordados. Cuando la muerte nos trae al olvido, la grieta en nuestra existencia se abre más y la herida sangra.

La tragedia no es simplemente desaparecer, sino desaparecer sin dejar rastro: desaparecer en un universo que no necesita recordarnos. Sin duelo. Sin memoria. Sin testigos. Morir sin que las lágrimas del Cosmos se derramen sobre nuestro féretro.

El verdadero dolor quizás no es la muerte, sino este: que el mundo seguirá sin nosotros, como en un poema de Sara Teasdale: con la lluvia suave, el olor a tierra y el brillante aleteo de las golondrinas. Donde el silencio no será herido por nuestra voz, sino embellecido por el canto nocturno de las ranas...

La máquina de la Naturaleza seguirá funcionando sin preocuparse por nuestra desaparición, ni siquiera lo contrario: no habrá festejo alguno, nuestra existencia habrá pasado sin pena ni gloria.

La verdadera muerte es el olvido. Haber sido innecesario. No haber sido amado ni recordado por aquello que amamos.

Aunque, para seres como nosotros, quizás lo verdaderamente trágico no sea que alguien que amamos nos olvide, sino llegar a olvidar eso que amamos, y esto no ocurre en la muerte final que tanto tememos y esperamos, sino en cada pequeña muerte con la que lidiamos cada instante. Y así morimos muchas veces... antes de morir definitivamente.

Pero, ¿al final importará que existimos?

El mundo no sabrá quizás si alguna vez existimos, o mucho menos si fuimos necesarios, pero en ese desconocimiento, tal vez creerá que somos posibles, y procederá nuevamente a crearnos...



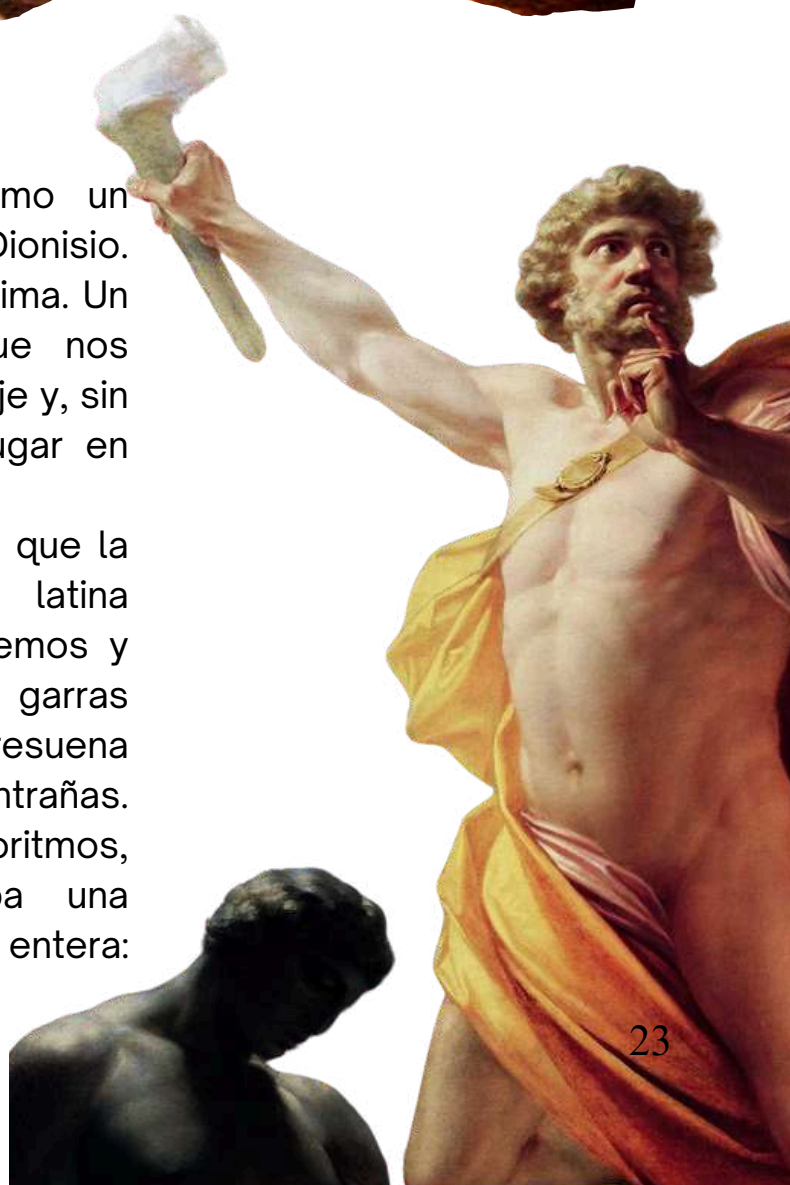
HAMARTÍA, ACTA EST FÁBULA

DAYHANNE JOSÉ UREÑA PERALTA



¡Hamartía! La palabra resuena como un golpe seco en el teatro de Dionisio. Hamartía: error, desviación, fisura mínima. Un instante casi imperceptible en que nos inclinamos apenas fuera de nuestro eje y, sin advertirlo, el destino comienza a jugar en nuestra contra.

¿Dónde ocurre ese punto exacto en que la vida se tuerce? La sentencia latina *Ignoramus et ignorabimus* («no sabemos y no podremos saber») nos clava sus garras enseguida. Y el silencio resuena elocuentemente en nuestras entrañas. Grecia lo entendió sin algoritmos, psicologías ni coartadas. Bastaba una palabra para explicar una existencia entera: hamartía.



También lo entiende el príncipe Segismundo, que en La vida es sueño, del gran Calderón, clama desesperadamente: «el delito mayor del hombre es haber nacido». Clama sin perder del todo la esperanza de no perder la esperanza. Y en su queja vibra la misma conciencia trágica de Edipo, de Antígona, de Hamlet, de Prometeo, de Macbeth... y también de Shakespeare, Sófocles y Cervantes. ¡Pobres caballeros de las Tristes Figuras! La sospecha de una culpa anterior a todo acto, de una condena que precede a la elección, se cierne indistintamente sobre autores, lectores y personajes de la ficción y de la realidad.

¡Ah, de la vida! Nadie me responde ¿Por qué recibo menos libertad que los demás? ¿Qué privilegio tuvieron otros que los dioses me niegan?, ¿qué delito cometí contra ellos, naciendo? Así, del teatro de Dionisio al escenario barroco, la hamartía persiste. La hamartía resuena. Cambian los siglos, cambian los mapas y los mares, pero el desvío permanece. Cambian los nombres, pero no la herida. Hamartía y nada más. Todos lo intuimos: «algo habremos hecho para permanecer en este valle de lágrimas».

Mi ser y yo estamos conmocionados por el devenir de la Historia. Hemos proclamado la muerte de Dios y, con ella, se extin-

-guió la luz que habitaba en nuestras almas. Lo que comenzó como un acontecimiento metafísico terminó siendo un apagón cósmico. Desde entonces caminamos en penumbra, incluso rodeados por la multitud. La sociedad ya no ilumina, y el fuego de la razón multiplica las sombras. Deambulamos a la deriva, sin norte ni sur, sin brújula que nos guíe a través de esta laguna estigia existencial.

En otro tiempo, la oscuridad tenía nombre. Zeus castigaba (siempre con justicia y con razón). Apolo advertía. Las Erinias perseguían, y nadie escapaba a sus designios. Hoy no sabemos quién nos acusa. Vivimos en un estado de terror cósmico, condenados al ostracismo sin sentencia, culpables sin juicio. Esperamos una señal, una revelación, un oráculo de Delfos o la diosa Razón ilustrada que nos absuelva de nuestra «culpa». Pero solo responde el silencio, y su elocuencia resulta insoportable.

Prometeo, al menos, conoció su falta. Robó el fuego. Robó el conocimiento. Supo por qué el águila descendía cada día a devorarle el hígado. Y la esperaba valientemente ¡Qué envidiable claridad! Su hamartía fue concreta; su castigo, visible. Yo, en cambio, ignoro mi transgresión. ¿Qué fuego he robado? ¿Qué ley he quebrantado?

¿A qué dios he engañado? ¿En qué punto comenzó mi caída?

Edipo buscó la verdad y encontró su crimen. También yo me arrancaré los ojos si fuera culpable. Antígona defendió su ley y halló la tumba. También yo me enterraré con ella. En ambos, la hamartía fue exceso: exceso de saber, exceso de fidelidad. La tragedia griega necesitaba hombres y mujeres que cruzaran un límite invisible. Nosotros también lo cruzamos, pero ya no sabemos cuándo ni cómo, ni mucho menos por qué.

Para mí siempre es de noche. Con sol o sin sol, la penumbra me acompaña. Avanzo por un laberinto sin Minotauro. Cada vuelta me devuelve al mismo centro vacío. Soy un éxodo sin Moisés, un naufrago sin puerto. Me arrojo a las corrientes sabiendo que naufragaré en medio del infinito, sin pretensión de dejar estela alguna en el mar.

Dicen Homero, Séneca y Lucrecio que las desgracias fortalecen el espíritu. Que a la ataraxia estoica se llega mediante el lema *Sustine et abstine* («soporta y abstente»). Que Job sufrió para consolidar su fe. Que los dioses envían infortunios para hacernos mejores. Lo rechazo. No quiero pedagogías del dolor. Quisiera una fe desnuda, gratuita, sin peajes de sufrimiento. Agradecer desde la salud y no desde la cama del hospital.

Cantar desde la plenitud y no desde la herida.

Pero quizá esa esperanza también sea mi hamartía.

Mi error de exigir claridad donde solo hay misterio. Tal vez la condición humana consista en buscar sentido en medio de las sombras, en inventar un Dios para explicar el silencio, un Prometeo para dar forma al castigo.

Sísifo empuja su piedra sin la ayuda de Ixión y, en su repetición, revela nuestra estructura más íntima. Nos define la persistencia: la obstinación de buscar respuestas nuevas a preguntas antiguas. Una vez, dos, tres... hasta el infinito. Hamartía parece un desvío inicial, pero es la conciencia tardía de haber desviado el rumbo. Edipo se vuelve lúcido cuando pierde los ojos. Antígona alcanza su grandeza en la muerte. Prometeo resplandece encadenado.

Quizá ahí resida nuestra única dignidad: reconocer el error sin dejar de avanzar. Aceptar que no somos más sabios que los antiguos, que nuestras fórmulas no superan sus mitos, que la hamartía nos atraviesa desde el nacimiento. Es el eco griego que persiste en nuestra noche moderna. Cambiamos los dioses por conceptos, pero la tragedia continúa. La obra ha sido representada una y otra vez. Acta est fábula («la función ha terminado»). Y, sin embargo, mañana volveremos a empujar la piedra: unos con ánimo, otros con resignación. Y aun en la oscuridad, persistiremos. Y en esa persistencia cargada de error, de sombra y de lucidez, nos jugaremos nuevamente nuestro destino un día más. Y así hasta que la muerte nos separe.

LA VERDAD DE LA MUERTE Y LA CODICIA DE PROMETEO

POR AMADEUS ESTRADA CÁZARES

I. Introducción

En este ensayo demostraremos que existe una relación entre el problema de la codicia y el de la muerte, utilizando como base la tradición del pensamiento griego. Exploraremos un fenómeno humano fundamental; el vacío que experimentamos al abocarnos únicamente a conseguir cosas: bienes materiales y perecederos. Examinaremos, además, cómo esa codicia conduce al hombre a la búsqueda de la inmortalidad por medios artificiales; lo cual lleva al ser humano a enfrentarse a una fuerza desconocida e incontrolable: la vida eterna. Ese espíritu es prometeico, pues es querer quitarle a los dioses el fuego que resguardan (el ser inmarcesible, indestructibles). A este espíritu se opone únicamente la piedad, ya que ésta impone límites a nuestra necesidad de expansión ilimitada.

II. Codicia y piedad como respuestas a la experiencia del vacío

Desde el inicio de los tiempos, el hombre ha sido arrastrado por dos tendencias irreconciliables y opuestas, las cuales han marcado su destino: la codicia y la piedad. Todo ello debido a que el ser humano es una criatura capaz de sentir el vacío de su existencia, puede entender que, al vagar por el inmenso mundo, nunca encontrará ninguna satisfacción sólida y eterna, como advierte el gran Aquiles:

“Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas... pero no es posible prender ni coger el alma humana para que vuelva, una vez que ha salvado la barrera que forman los dientes”. (Ilíada, IX: 406-409). Aquiles menciona también que él se debate entre dos destinos: morir muy pronto en Troya consiguiendo la gloria, o perecer oscuramente, a cambio de disfrutar de una larga existencia. Este conflicto es típicamente humano.

Los animales raramente paran de buscar bienes de diversa índole: comida, pareja, agua, territorio y demás. Nosotros, en cambio, podemos acumular más riqueza, adquirimos tiempo para pensar. Nos damos cuenta, debido a ello, de lo irrelevante y repetitivo que es el proceso de la naturaleza. Todo este esfuerzo del agua por romper la piedra, del león por devorar a los ciervos; ¿Hacia dónde lleva?; ¿Cuál será su objetivo?

Los mortales poseen el don de la palabra, pueden, por tanto, inmortalizar el sufrimiento, dejarlo marcado en caracteres indelebles que serán repetidos por otras personas en el futuro. Por ello sufre con mayor profundidad, pues gracias a esto, pueden preguntar el porqué y el para qué de la existencia. Peor aún, cada individuo humano lleva el sufrimiento de las generaciones pasadas y heredará el suyo a las futuras.

III. Definición de codicia y de piedad

Cuando el hombre trata de llenar ese vacío antes mencionado con cosas, con realidades mortales y perecederas se origina la codicia, una búsqueda insaciable de tener siempre más, en efecto, ¿cómo se satisfecerá una necesidad eterna e innata utilizando medios artificiales y temporales? Tal es el vacío y tal es la ansiedad del hombre (Platón, República: 568b). Esto provoca, evidentemente, inestabilidad en las sociedades, guerras, desigualdades y todo género de males. Pues se ha preferido la apariencia a la realidad (Platón, Leyes: 731e-732b).

La cuestión, sin embargo, es más compleja de lo que parece. Efectivamente, sin la codicia el ser humano nunca se expandiría más allá de sus fronteras, ni intentaría encontrar medios para curar enfermedades, ni produciría refugios contra el clima, ya que todos estos esfuerzos, se deben a la necesidad de superar barreras, las cuales nos impiden ejercer nuestro poder. En ese sentido es un mal inevitable, pues, aunque la codicia es cruel, no es menos maligno pedirle a la gente que no trate de superar sus restricciones y que renuncie a defenderse del mal (Carrasco, 2008).

Aparte de lo explicado anteriormente, existe también la piedad. La tendencia a amar la realidad más que a las cosas, rindiéndole pleitesía e imponiendo límites eternos a las posibilidades de expansión humana. No matarás, no establecerás comunicación con los muertos, no te compararás con las divinidades, etc. Pues lo inmortal es más bello y digno de amor que lo mortal (Platón, Apología: 41 c-d).

Por supuesto, la piedad puede corromperse y llevar al hombre a adorar cosas que no son realmente bellas o a confundir rituales y ceremonias con lo divino, imponiendo límites arbitrarios y absurdos, etc.

No significa esto que la codicia y la piedad sean del mismo valor. La ambición existe porque la necesitamos para sobrevivir, la piedad es buena por sí misma. Pues resulta esencial respetar la realidad y amarla, incluso sería así, evidentemente, si no existiera el mal.

Veamos ahora que ya clarificamos estos dos conceptos, cómo interactúan con el enigma de la muerte.

IV. La muerte y el impulso prometeico.

La muerte es concebida como la separación del alma y el cuerpo (Fedón: 64c). Es decir que, al morir, los aspectos que quedan de uno, pueden resumirse como nuestro cuerpo, nuestra carne; pero el significado, la vida y el movimiento, desaparecen. O, puesto en términos más precisos, sólo se conservan en otros seres; mediante los recuerdos; los monumentos. En suma, se conservan mediante el efecto de nuestras acciones en la realidad. Pero esta insegura herencia no es suficiente para tranquilizarnos...

¡Tantos han tratado de buscar la inmortalidad mediante métodos humanos!: Usando alquimia o ciencia... Realizando un esfuerzo verdaderamente titánico, prometeico. En efecto, así como Prometeo arrebató el secreto del fuego a los dioses (Esquilo, Prometeo encadenado: 102-114, 228-242 y 438-510), de la misma manera esta clase de gente pretende arrebatar el secreto de la eternidad a la divinidad. No por nada Frankenstein ostenta el subtítulo: “o el nuevo prometeo”.

Pero estas personas no se han puesto a reflexionar sobre cómo esto nos separaría del resto de la humanidad... ¿cómo entenderíamos a Homero, a Shakespeare, al Libro Egipcio de los muertos, sin considerar la realidad de la muerte? Además, si los hombres fueran eternos, todas las personas malvadas nos azotarían con su cruel-

-dad, hasta el fin de los tiempos. Se nota, por tanto, que las restricciones basadas en la realidad (en lo divino) tenían su fundamento en el amor y no en la arbitrariedad.

V. Conclusiones.

La búsqueda de la inmortalidad usando métodos humanos, es una hija quimérica de la codicia y de la vanidad, pues el anhelo de eternidad no consiste simplemente en vivir para siempre, en conservar esta vida, sino en tratar de ser como los dioses, intentar, pues, amar sin condiciones. En la gran literatura que les puse como ejemplo en el apartado anterior, se manifiesta esta idea de piedad y es deber del hombre cultivar esta forma de amor.

Bibliografía

- Carrasco, N., (2008) “Pleonexía: el centro ausente de La república de Platón” en *Δαίμων*, número 45, 2008, pp. 71-83.
- Esquilo. (1982). Tragedias, Prometeo encadenado, Traducción y notas de B. Perea, Introducción general de Rodríguez Adrados. Madrid, Gredos.
- Homero. (1996). Obras completas de Homero, *Ilíada*, Traducción de Luis Segalá y Estalella. Barcelona. Montaner y Simón.
- Platón. (1986). Diálogos, en nueve volúmenes, Apología, República, Fedón y Leyes, Varios traductores. Madrid. Gredos.

LA SOMBRA DE PROMETEO

ARTES



TEN STORIES DOWN

BY
NOAH EVAN WILSON



ADAPTED FROM THE SHORT STORY
ORIGINALLY PUBLISHED IN TEN WAYS THE ANIMALS
WILL SAVE US FROM RETREAT WEST BOOKS



BY THE TIME
ADAM IS FALLING



IT NO LONGER
MATTERS

IF IT WAS
AN ACCIDENT-



IF HE WAS
PUSHED

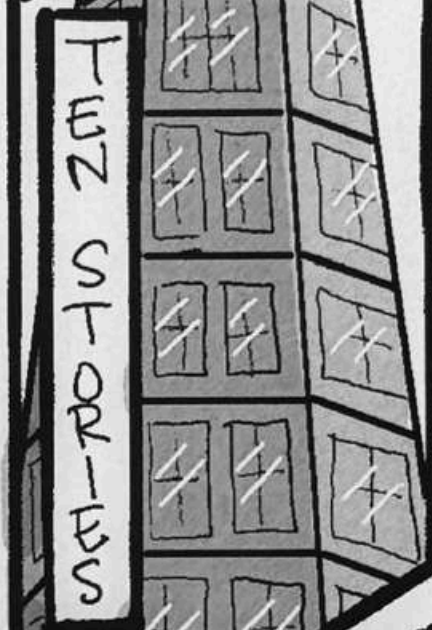


OR PUSHED



HIMSELF.

ALL THAT
MATTERS NOW
ARE THE



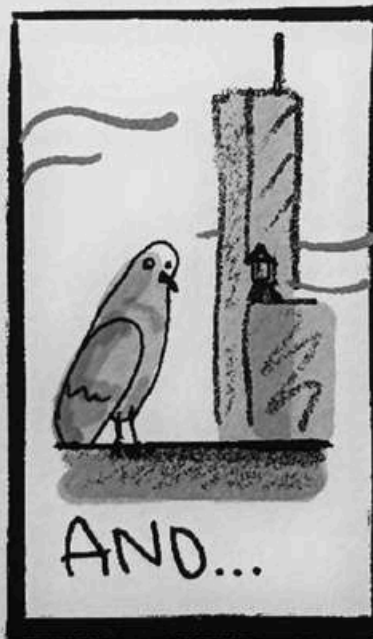
TEN
STORIES



RUSHING

TOWARD

HIM



AND...



THE GROUND.

LA SOMBRA DE PROMETEO

LITERATURA

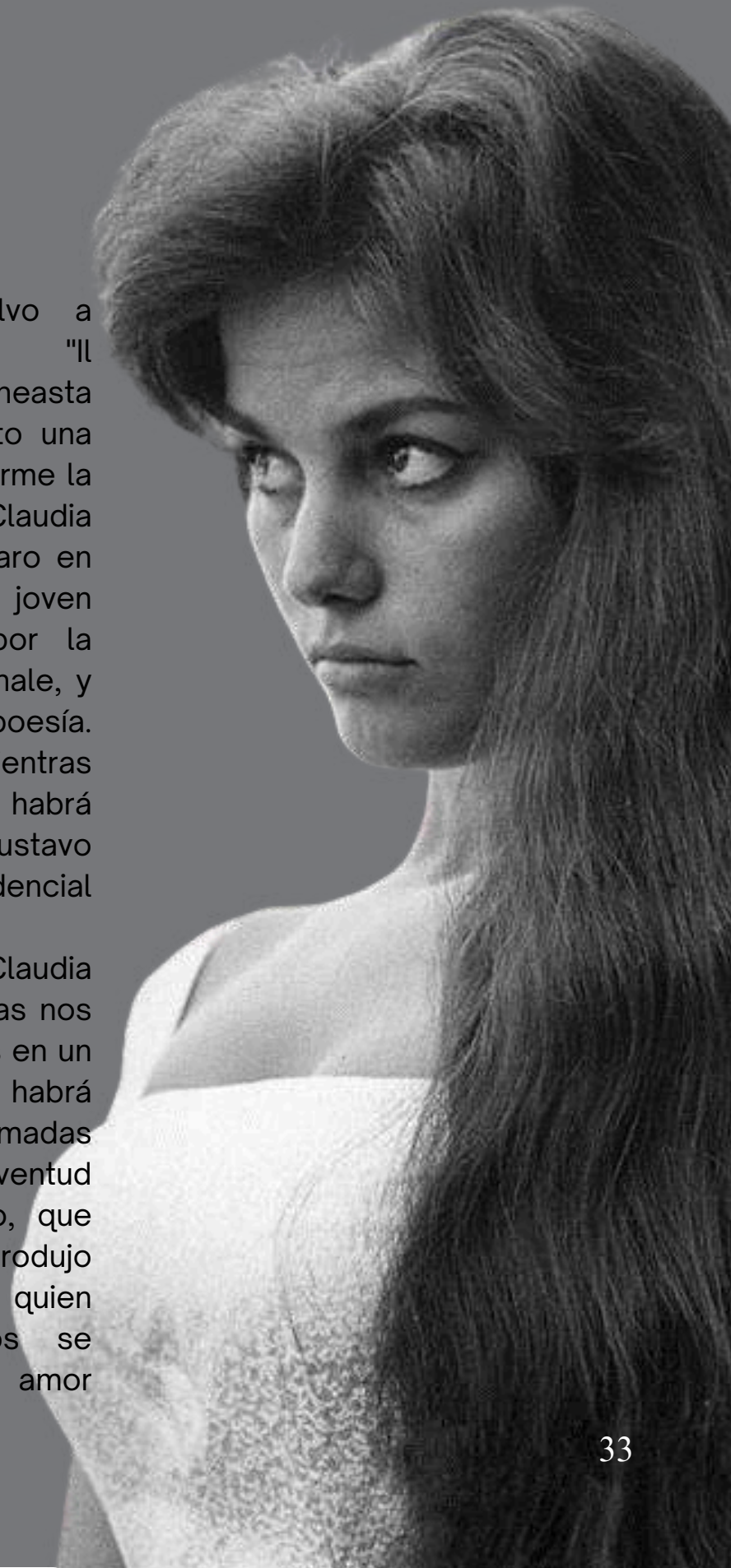


CLAUDIA CARDINALE (1938-2025)

POR FRAN AUDIJE

Mientras contemplo, y vuelvo a presenciar, la fascinante "Il Gatopardo", del mítico cineasta italiano, Luchino Visconti, siento una desesperada resistencia a creerme la fatal noticia: ha muerto Claudia Cardinale. ¿Será posible?. Reparo en las románticas escenas de la joven Angélica, papel encarnado por la extraordinaria belleza de Cardinale, y me deshago en ensueños y en poesía. No puede ser, ella sigue viva, mientras haya una mujer hermosa, habrá poesía, nos dejó dicho Gustavo Adolfo Bécquer, en un providencial vaticinio.

Pero, si de verdad ha muerto Claudia Cardinale, la poesía y los poetas nos vestimos de luto, para sumirnos en un depresivo trance, porque nos habrá dejado una de nuestras más amadas musas, la novia eterna de juventud que todos habíamos deseado, que tantas noches en vela produjo poemas a raudales, y por quien nuestros corazones solitarios se hinchaban hasta reventar de amor apasionado.





La Angélica que Alain Delon cortejaba, y que Burt Lancaster sacaba en el baile del más bello vals jamás bailado, no podrá morir nunca, porque ha traspasado la eternidad del celuloide. Vivirá para nosotros por siempre en las pantallas, al otro lado, en la inmortalidad de aquella chica de 25 años, con perfectos tirabuzones, y un precioso vestido de campana llenito de encajes, en el deslumbrante blanco de las vírgenes del siglo romántico.

Cuando escucho la voz hiperfemenina de Angélica, se me eriza la piel, y un escalofrío sacude mi cuerpo cansado, extenuado... no puede morir la belleza de una mujer, mejor dicho, de una diosa morena de ojos azabache.

No me importa que Alain Delon la estreche en sus brazos, ni que Burt Lancaster la tiene en un vals enamorado. Yo siempre amaré esa mirada penetrante, y esa sonrisa almibarada, que me hizo soñar que la amaba, y besaba sus labios con mi inocencia adolescente, que nunca comprendió que pudiera existir la muerte, para un ser tan ideal como lo fue, al menos durante aquellos magníficos años, la mujer más hermosa de la cinematografía italiana.

LOS PIES EN LA LUNA

NORMA BEATRIZ CASTILLO



Mi padre murió un martes, pero yo lo entendí recién el jueves.

El miércoles todavía le hablé mentalmente mientras lavaba los platos, como si fuera una costumbre que el cuerpo se negara a soltar.

No hubo palabras finales. Tampoco escenas memorables.

Solo ese silencio nuevo, espeso, que se instala en los rincones y no pide permiso.

Cuando lo vi por última vez tenía los pies descubiertos. Me llamó la atención eso. No su cara. No sus manos. Los pies. Siempre pensé que la muerte llegaba por arriba, por los ojos, por el pecho. Nunca por los pies.

La enfermera dijo algo técnico, correcto, que no recuerdo. Yo asentí con la cabeza, como se asiente ante lo inevitable, aunque todavía no se lo nombre.

Volví a casa caminando. El cielo estaba absurdamente claro. Pensé que eso era una falta de respeto.

Esa noche soñé que mi padre caminaba sobre la luna. No flotaba. Caminaba con dificultad, como cuando uno se acostumbra a zapatos nuevos. Sus pies dejaban marcas pequeñas, imperfectas. No me miraba. Estaba concentrado en avanzar.

Los días siguientes fueron extraños. No tristes. Extraños.

Me sorprendí regando plantas que no eran mías, ordenando papeles sin sentido, guardando cosas que nadie iba a reclamar. La vida continuaba con una eficacia ofensiva.

En el velorio, alguien dijo:

—Ahora descansa.

Pensé que no estaba segura de eso. Mi padre nunca fue bueno descansando. Siempre parecía estar a punto de algo, incluso en los silencios.

Mientras cerraban el cajón, volví a pensar en sus pies. En cómo sostuvieron años, decisiones, errores, caminos que no eligió del todo. Me pregunté si la muerte sabría qué hacer con tanto recorrido.

Esa noche salí al patio. La luna estaba baja, redonda, casi accesible. Puse los pies descalzos sobre la tierra fría. No fue un gesto simbólico. Fue instinto. Necesitaba comprobar que todavía estaba acá.

La existencia, entendí, no es una línea. Es una insistencia.

Desde entonces, cuando todo parece demasiado liviano o grave, miro al cielo. No buscando respuestas. Solo equilibrio.

Porque morir, quizás, sea aprender a caminar en otro suelo.

Y vivir, sostener el peso sin despegar del todo.

Con los pies en la luna.

Y el resto del cuerpo, todavía, en este mundo.

FINAL DE OCTUBRE

RENÉ PINET PLASENCIA



Sofía Galván, como todos los años, apagó las luces y se sentó en el sillón de la sala al declinar el sol. No pudo identificar la voz, al principio, de Anaís Navarro. Y es que había pasado tanto tiempo desde el cocimiento de engrudo en la escuela para que la maestra lo pusiera en corcholatas y pegaran papeles de colores, que creyó haberlo olvidado.

—¿Tu familia tiene lancha?

De inmediato recordó la conversación. La primera vez que una extraña de su edad —tendría cuatro, cinco años— se dirigía a ella con tanta familiaridad.

Pablo Rocha se acercó cuidadosamente y se sentó en la silla junto a la puerta de la cocina. Su pelo alborotado y su camisa empolvada por jugar fútbol en el patio de tierra de la escuela.

—¿Somos los primeros? —preguntó con asombro—. ¡Vaya! esto no pasa muy seguido.

—Claro, ¡como siempre llegas tarde! —contestó la prima Adriana, mientras ponía un cojín en el suelo junto a la ventana, su lugar preferido.

Pablo la ignoró:

—Entonces, ¿vamos ahora sí a explorar por qué Gabriel se desapareció?

—No sé —respondió Sofía—. Es muy temprano. Ya veremos.

—Pues yo opino que incluyamos al Gabriel —dijo Araceli, entrando por la ventana—. Total, no creo que se vaya a aparecer de repente ¿o sí?

En ese momento llegó Leticia, a punto para dar su opinión:

—No podemos incluirlo hasta estar todos seguros de lo que pasó.

—¡No podemos saber! —casi gritó Pablo— ¡Como esta cobarde no se ha atrevido a rastrearlo!

Adriana se acercó a Sofía, se sentó junto a ella y la abrazó.

—¡Déjala en paz! Qué sabes tú si le conviene o no saber. Tú ya no arriesgas nada.

—Yo tuve la culpa —murmuró Sofía, con los ojos húmedos—. Yo salí de vacaciones y anduve con Jorge Quintero, y se lo dije. Me dijo que regresaríamos, pero desapareció. Y cuando se quiso acercar lo corrí con una grosería.

—Tú no tienes la culpa de nada —le dijo Jorge Quintero desde la puerta de su recámara—.

Él decidió desaparecer y nunca te buscó más. Aunque cumpla con la condición, no debes incluirlo nunca.

Sofía quedó pensativa por un rato y, al fin, se levantó y recogió las cajas, el papel, los muñequitos y las flores:

—Bueno, ya regresen todos a sus marcos, que voy a poner mi altar.

DIÁLOGO DE SORDOS V

SCHAVA



El Zenko desganado recarga la barbilla sobre la mesa, mira fijamente un vaso volteado que comienza a timbrar. Levanta el vaso como si se tratara de un teléfono, escucha algunos lamentos. Poco después comienza a hablar una voz rasposa: ¿El Zenko, habla el Zenko Voroto Klaf?

-Sí, sí, aquí él mismo habla.

-Aquí la muerte habla.

-¿La muerte, la muerte dice? ¿La muerte de quién, la mía?

-La muerte, así no más. Leí su carta Zenko, me ha conmovido hasta los huesos. Quiero decirle que haré lo que mis modestos recursos me permitan para ayudarle. Zenko, terminaré con sus preocupaciones. Mañana mismo daré las órdenes para que no viva más en esa nefasta situación.

-Disculpe, pero no escucho bien, licenciada muerte ¿licenciada muerte me escucha?

-No me llame licenciada.

-Perdone, perdone, es que hay interferencia. Licenciado muerte, ¿así está mejor, licenciado muerte?

-Dígame muerte, así no más.

-Pero, muerte, me llevará usted a un mundo mejor o solamente me matará, podría decirme.

-No le escucho.

-¿Sí, muerte, hablo más fuerte, me nuevo? ¿Así está mejor?

-Cómo le digo, no se angustié más. Hablaré con el carretero, creo no rehusará hacerme ese favor.

Sí, muchas gracias. Creo.

-No le escucho bien.

-Le digo que muchas gracias, pero por favor dígame de cuál favor habla.

-No, no agradezca, es un placer, a eso me dedico.

-Muerte, le suplico no se vaya aún, quiero saber.

-Lo dejo con mi recepcionista Zenko, no dude en llamarme, será un gusto hablar con usted cara a cara.

-¿Recepcionista dice? ¿Cara a cara dice, muerte, muerte? ¡Muerte por favor!

Se escuchan gemidos como tono de espera, un rato después regresa la línea.

-¿Diga?

-¿Muerte, muerte sigue ahí?

Recepcionista: No le escucho bien, hable más fuerte. Mucho más fuerte, por favor.

El Zenko grita desesperado: ¿Es usted la Muerte?

-No.

-Entonces es la recepcionista.

-No grite, por favor.

-Mire, estoy muy angustiado, hablaba con la muerte y me dijo que mi petición sería cumplida. Por favor, sólo dígame, de qué petición hablamos, porque hice varias y contrarias y...

-Si usted desea hablar con la muerte es muy sencillo, no es necesario gritar. Apunte el número. Pentagrama, ciento treinta y cinco mil, noventa y nueve, más 1.

-Permítame (Zenko va por lápiz y papel). Ahora sí dígame el número.

- Es pentagrama, trece, cincuenta, noventa y nueve, más uno.

-¿No era ciento y algo?

-No, apunte así: ciento treinta y cinco, cero, noventa y nueve, más 1.

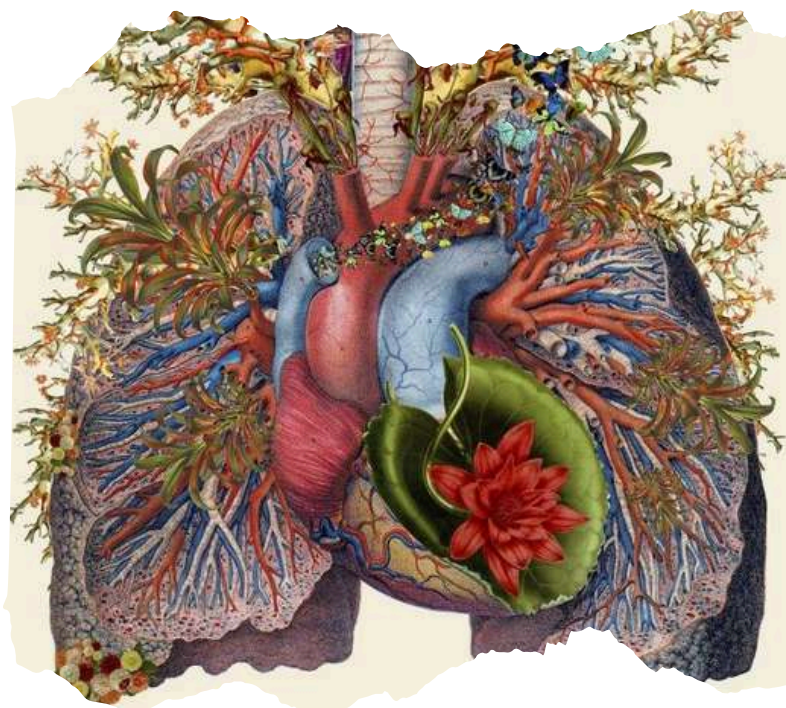
-¿No empezaba con trece?

-Pentagrama...

La línea muere, Zenko abre mucho los ojos, suspira y recarga nuevamente la barbilla sobre la mesa. Mira el vaso, desconcertado. No hay un disco de teléfono en el vaso. Además, en ningún disco de teléfono hay pentagrama.

TANATOMICROBIOMA O MEMENTO MORI

MARÍA SOFÍA ABARCA



“Que las valquirias te den la bienvenida y te guíen por el gran campo de batalla de Odín. Que canten tu nombre con amor y furia para que lo escuchemos alzarse desde las profundidades del Valhalla, y sepamos que has tomado el lugar que te corresponde, en la mesa de los reyes...”
Bocón El Rudo.

—Falleció, lo atropellaron hace un mes. Me avisó el tejido linfático.

Dos microorganismos de la flora intestinal, los más mínimos del cuerpo, hablaban por teléfono y se comunicaban la lamentable noticia.

—Los órganos mayores fueron los primeros en enterarse —lloraba la célula—. Ahora solo queda esperar las órdenes del cerebro. El corazón no ha vuelto a hablar.

Todos los huesos, enzimas, plaquetas y ácidos tenían, en el tejido conectivo de su hogar, una foto enmarcada del hijo perdido. Cada uno había hecho su propio altar doméstico, en la intimidad de la homeostasis. Se fueron enterando, a destiempo, hasta que todo el cuerpo enfermó mientras encendían velas al difunto y colocaban crisantemos nerviosos en su recuerdo. Inclinado levemente hacia la izquierda del esternón, el sistema circulatorio había levantado el más hermoso de los altares.



Fue, después de una larga lucha contra el dolor, que el cerebro se despidió noblemente y les aseguró que los vería de nuevo.

—No tengan miedo —animó desde los balcones del Palacio del Cráneo—. Nosotros estamos preparados para este momento. Ya sabemos qué hacer. No tengan miedo —insistió—. ¡Todos aquí tenemos un alma!

—¿Y qué se supone que haremos? —se desesperaron los órganos—. ¿A quién le rezamos?

Segundos después, el infarto de miocardio detuvo el flujo sanguíneo y los órganos que habían iniciado el cuerpo fueron los primeros en irse. El corazón, la médula y el cerebro despertaron inmediatamente en otro lugar que parecía ser el campus de la universidad en donde habían estudiado para recibirse de seres humanos. Una soledad extraña los recibió.

—Allí está el aula de simulación —señaló la médula—, donde practicábamos para la muerte. Y del otro lado...

—Está la del nacimiento —completó el cerebro—. ¿Deberíamos ir allí?

El silencio fue interrumpido por una guitarra que les cortó el aliento, y una melodía les llegó cada vez más cercana:

“Ay, de mi Llorona, Llorona de azul celeste.”

Los tres órganos se apresuraron inquietos hacia donde los guiaba la enternecedora canción: un camino de cirios encendidos los encandiló y un enorme arco de caña y de flores dividió los mundos. Bajo él, un desfile supremo, nunca antes visto en vida, los invitó a formar parte.

—Hoy —se escuchó por un micrófono—, la sede de la universidad en donde estudiaron nuestros órganos acompañará el Día de Muertos, la fiesta en donde nos reunimos con nuestros seres queridos.

“Dos besos llevo en el alma, Llorona, que no se apartan de mí: el último de mi madre, Llorona, y el primero que te di.”

El sistema músculo-esquelético, junto con un millar de catrinas orgullosas, encabezó la infinita comitiva.

—¡Todos los muertos, todos! De todos los reinos —presentó el locutor—, de todas las especies. ¡Miren quién va ahí! —señaló—. ¡Es Apis, la abeja, que ha descendido! ¡El héroe ha jurado volver con cada una de las flores que hemos cortado!

Los lirios y calas marchitas volvían a florecer bajo la luz nueva de los cirios.

—¡Y miren quién está acompañándonos! —continuó—. ¡Es Prunus, el almendro milenario!

¡Ha venido a buscar el alma de su amado! ¡Ha venido a buscar a la abeja que se le ha muerto! ¡Va más adelante! —señaló.

El enorme árbol encabezó la comitiva de las plantas secas.

—Y vienen volando —el locutor elevó la mirada— todas las aves que murieron calcinadas por proteger a sus crías en el último incendio.

Una gigantesca bandada de pájaros cubrió el cielo, como si fueran ellas una bandera de gloria y heroísmo.

Los tres órganos se ubicaron entre el público, hasta que el corazón vio una mano conocida y volvió a hablar, después de tanto tiempo.

—¡Es él! —gritó, mientras indicaba con sus aortas una pequeña mano—. ¡Es él! ¡Lo reconozco!

El hijo que todos habían perdido se volvió a aparecer ante ellos de la forma más majestuosa posible.

—“El último de mi madre, Llorona, y el primero que te di.” —entonó el cantante, cuya voz acompañó el conmovedor reencuentro.

Con la misma emoción, padres, hijos, abuelos y nietos de todas las generaciones volvían a abrazarse y a recordarse.

—¡Ahora desfilarán las calaveritas! —presentó el locutor—. ¡Y más atrás vienen las almas con sus varas de tejocote!

Así, en otro de los planos, los difuntos revivían cada día en el corazón de quienes habían amado. Había tantas rosas y girasoles que el Campo Santo parecía el más bello de los jardines y, a pesar de estar cortadas, aún vivían, ¡aún cantaban a la vida y la honraban!

Las abejas —las mismas que después bajarían al mundo de los muertos para recobrar sus perfumes— se acercaron fieles a polinizarlas. Todo crecía y volvía de otra forma para nunca perderse.

“No sé lo que tienen las flores, Llorona...” —continuó el cantante.

De a poco, los demás órganos, huesos y tejidos fueron llegando. Cada uno recibió su corona de cempasúchil y la bendición, además del abrazo tan esperado del hijo a quien habían vuelto a ver solo en el más feliz de los sueños. Juntos se sentaron, como héroes que habían vencido a la muerte, en la mesa de los reyes, en el lugar que a cada uno le correspondía.

El cerebro tenía razón: todos allí tenían un alma que merecía la eternidad.

TEXTO SURREALISTA

POR DAVID BEDOYA RESTREPO

Sueños de ausencia atrapados en la infancia, fantasía que derrama la locura de tener frío debajo de la alfombra. Hoy el aire está contaminado ciudades atrapadas en el afán de amar la vida. Existencia de la condición humana sin retorno que desafía saberlo todo. Muerte causada por el anhelo de encontrarla. Destino a ser tu misma libertad infinita a la verdad oculta, en la naturaleza que se destruye cada día. Corazones abandonados está la vida, reencarnandosen en la sabiduría de los años, que viajan en silencio. Descansa en el lamento de tu presente. Y si la vida te abrumba y no ha sido tuya, comienza de nuevo. El papel que escribe una historia será tu salida, reinventa de ti escuchar esa voz que desafía tu camino, lleno de tu propia historia. Lloras sin miedo hasta reírte y viste de seda los zapatos marrones que aún te quedan, desviste lo que sueñas y muestra la rareza de tus ojos en lo profundo de tus palabras.

No queda sino soñar, a crear en tu memoria recuerdos. Y viajar a tu luz que encarne nuevos corazones. Engendra nueva vida para que construyas un nuevo paraíso a la propia existencia e inventa el nuevo sol de verano, donde la primavera parpadee a cada instante. Quizá otra estrella altere los sentidos y llene la vida a tu pasión que buscas. Determina tus nuevas horas.

Eres el viejo reloj que ya no existe. Hoy la vida ya no se apega a viejos tratos, inventa la nueva conciencia que refleje el sabor humano, revela la causa de tu tristeza que nunca fue tuya. Sembrando paraíso a la niñez que causa nuevas sonrisas. Duerme a orillas del fuego y arde hasta quererte, y aquieta el silencio ajeno que no te pertenece. Hoy no me queda sino remediar una sonrisa, un abrazo, y decirte un te quiero al espejo que atrae lo que eras de regreso a casa.

Y si no hay un cielo cuando muera, la satisfacción de haberme amado.

MANUAL BREVE PARA DESAPARECER SIN INCOMODAR

ADRIANA DE JESÚS CASAS MORENO



Para morir, lo primero es decidir el día. Parece obvio, pero no lo es: nunca un fin de semana. Los sábados la gente va al mercado, los domingos se multiplican las misas y los compromisos familiares. Si mueres un jueves, en cambio, tendrás la ventaja de que el viernes nadie quiera trabajar y hable de ti en la oficina, y el lunes todavía te recuerden en la sobremesa. Una vez elegido el día, elige también el motivo. Evita los accidentes espectaculares; demasiada burocracia, demasiadas declaraciones a los medios. Opta por una enfermedad rápida, lo bastante imprevista para que todos digan “pero si ayer lo vimos tan bien”, y lo bastante pausada para permitir el ahorro mínimo que costeará tu ataúd y el rosario. Morir sin sufrimiento es un acto de cortesía hacia uno mismo; hacerlo con cierta elegancia, se vuelve además, un detalle para los demás.

Antes de la enfermedad —o durante, si los tiempos no alcanzan—, haz un inventario de tu vida. No tanto de lo que has vivido, eso lo hará la memoria ajena, sino de lo que dejarás. Pregúntate si tu muerte llenará una capilla o apenas un par de bancas. Imagina quién llorará con sonido y quién solo fingirá. Si al contar los dedos no llegas a cinco dolientes, considera contratar mujeres de la iglesia; no lloran por ti, pero saben rezar en coro y llenan los silencios incómodos. Además, sus voces cubren las ausencias y hasta parecen multiplicar el afecto.

Revisa después tus bienes, si los hay. El testamento no es un lujo, sino un modo de evitar discusiones póstumas sobre quién se queda con la vajilla o la cama de cedro. En caso de no tener nada que heredar, deja aunque sea una carta con instrucciones para regar las plantas o devolver los libros prestados; la gente agradece esos gestos y habla bien de ti cuando ya no puedes escucharlos.

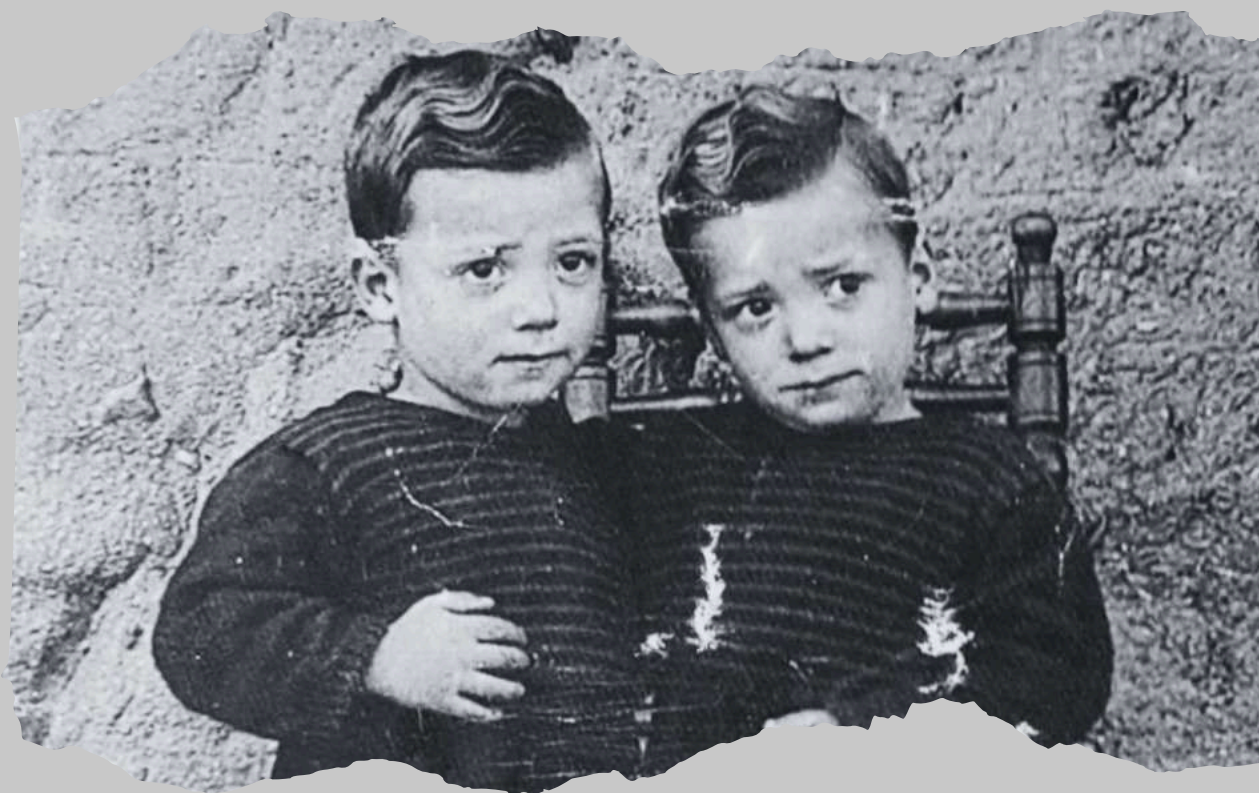
Asegúrate de no morir en medio de fiestas patrias ni durante vacaciones escolares: los amigos se van de viaje y los rezos se postergan. Morir en temporada baja tiene la ventaja de que las flores están más baratas y los sepultureros menos apurados. Procura también que el clima sea moderado; nadie quiere enterrarte sudando bajo un sol implacable ni tiritando bajo la lluvia. Un cielo nublado y tibio da mejor tono al recuerdo.

Cuando sientas que la hora se acerca, limpia tu habitación. Morir entre sábanas ordenadas facilita que los demás se concentren en tu partida y no en el desorden. Deja las llaves visibles, el celular apagado y, si puedes, una foto tuya en la que sonrías: servirá para el altar improvisado. No subestimes la importancia de tu último gesto; incluso un cadáver puede parecer descortés si frunce el ceño. Si eres creyente, confiesa tus pecados.

Si no lo eres, al menos repásalos; la culpa también se acomoda mejor si uno la ordena antes de la muerte. Agradece en silencio lo vivido, aunque no haya sido suficiente. Pide perdón a quien debas pedirselo, y si el tiempo no alcanza, deja un recado breve: “Me hubiera gustado que las cosas fueran de forma diferente.” Finalmente, cuando todo esté en orden —el día elegido, el motivo justo, los rezos garantizados y las cuentas cerradas—, permite que la muerte haga su trabajo. No te resistas; morir bien es también una forma de cortesía. Hazlo con suavidad, como quien apaga la luz al salir de una habitación que ya no usará.

JANUS

VÍCTOR GUTIÉRREZ GÁNDARA



He vuelto a la casa donde pasé mi niñez y parte de la juventud; veinte años han transcurrido desde que me fui. Los abuelos murieron y ya no queda otra cosa entre estos cuantos muros. Recorro los pasillos, arrastro los dedos por las paredes y, finalmente, atravieso un umbral que despierta en mí una visión de aquel remoto pasado, vuelto en presente; es un cuerpo sangrante que se arrastra y que yo, inmóvil y horrorizado no puedo eludir. El cuerpo levanta el rostro y descubro que se trata de Janus, mi gemelo, entonces emerge una memoria que tuve suprimida, la razón por la que hui. “Nunca te fuiste”, dice Janus como si pudiera leerme el pensamiento, “tú también moriste aquí”. Frente a semejante revelación comprendo que ahora deberé lidiar con dos fantasmas.

LA SOMBRA DE PROMETEO

POESÍA



LA MUERTE

POR FRANCISCO JOSÉ AUDIJE PACHECO

¿Vivimos, para qué?,
¿Por qué razón vivir?
Morir, por haber vivido.
Vida, siempre... vivir
Aun en la muerte.

Amar la vida,
Es parte de la muerte.
¿Será vivir, un susurro
De la muerte,
Llamando al sino
Más triste del hombre?

Sufrir es morir,
Quizás más lentamente,
Mientras vives,
Aprendiendo de la vida.

Aprender los conocimientos
Verdaderos, los que sirven
A la felicidad terrenal,
Es morir un poco cada día.

Morir, sufrir, vivir,
O viceversa,
Sin que exista gran diferencia.
Vives, sufres, y mueres,

O mueres, porque sufres,
Entonces vives.
La vida se descubre
Dentro de la sabiduría.

Nacimos para morir...
Vivimos la muerte;
El después, se complica.
Todos ansiamos la vida
Tras de morir,
Pero nadie cree en vivir,
Después de haber muerto.

Abocados a la muerte,
Pedimos por la vida,
Y algunos merecen
Medallas por vivir,
Por haber muerto
Sin riquezas,
Más allá del propio
Alma, espíritu,
Lo incorpóreo que nos define,
Condicionados por el físico.

¡Vive, pues, y no mueras!
Pero, si mueres,
Resucita un estadio
Superior al terrestre,
Allá donde el aire
Ha dejado de existir,

Evitando suspiros,
Los dolores del corazón
Saltados en lágrimas.

Puede que el gozo
Sea algo celestial,
Un escalón arriba,
El ascenso, el galardón,
Por haber vivido,
Por seguir viviendo.

CEMENTERIO RURAL

JORGE ROLANDO ACEVEDO

*Su alma, en un total olvido de sí misma,
flota en la noche.*

AMADO NERVO

Polvo, maleza, lodo,
según la estación del año que
sea.
Tempestad del lucero:
primeros días de enero.

Campo santo
tan ingenuo y provinciano.
Tres cruces.
Cruces de hierro forjado,
cruces de madera sola,
una de ellas es la tuya.

Cementerio rural
donde llevan a los perros.
Tres muertos, uno de ellos es
tu cuerpo.

SILENCIO

NORMA MINNITI

Ya no silba la pava en la estufa
con la promesa del mate compartido,
ni hay vapores que dibujen en el aire
filigranas del diálogo íntimo.

Como lágrimas,
en los cristales,
la humedad que condensó precipita.

Una gata confundida
espera arrumbada,
añora la tibieza de su ama
ovillada a los pies de la cama.

Ha partido mi madre,
ya es una luz lejana
brillando en el firmamento...
cubro mis oídos,
me aturde el silencio.

LA SOMBRA DE
PROMETEO

CIENCIA



UNA VISIÓN MULTIDISCIPLINAR DE LA MUERTE EN EL SIGLO XXI

JUAN CIFUENTES



La ciencia del siglo XXI ha transformado nuestra comprensión de la muerte, revelándola como un proceso complejo que la química, la biología, las matemáticas y la psicología abordan desde perspectivas complementarias.

Desde la biología y la química, la muerte implica el colapso energético de la célula. Corominas (2019) explica que la entrada masiva de calcio en las mitocondrias detiene la producción de ATP, provocando la destrucción de las membranas celulares. El cerebro es el órgano más vulnerable: la falta de oxígeno desencadena en minutos la muerte encefálica, criterio aceptado desde 1968 para certificar el fallecimiento (Wijdicks, 2001).

Paradójicamente, la neurociencia ha descubierto un destello de actividad en ese momento crítico. Borjigin et al. (2013) registraron un aumento de ondas gamma en el cerebro durante el paro cardíaco, asociadas a la percepción consciente. Timmermann et al. (2018) encontraron similitudes entre las experiencias cercanas a la muerte y los estados inducidos por DMT, sugiriendo que las ECM podrían ser un fenómeno neurobiológico: el último "viaje" químico del cerebro antes de apagarse.

Las matemáticas y la física aportan la teoría de sistemas complejos. Barabási (2016) concibe al ser humano como una red dinámica: 86 mil millones de neuronas y 30 billones de células entrelazadas con vínculos afectivos y culturales. La muerte no es una desaparición instantánea, sino el colapso de esa arquitectura relacional. La persona se disuelve como patrón biológico, pero sus relaciones persisten como "nodos" en las redes de otros, reconfigurando el sistema sin borrar por completo su huella. Finalmente, la psicología estudia cómo afrontamos este proceso. Sallnow et al. (2022), en *The Lancet*, denuncian la "medicalización" de la muerte, que ha secuestrado el morir de los hogares para aislarlo en hospitales, convirtiéndolo en un tabú. Esta pérdida de rituales genera soledad y angustia. Frente a esto, la psicología actual promueve recuperar la muerte como parte de la vida, fomentando los cuidados paliativos y la comunicación abierta. En definitiva, la ciencia del siglo XXI nos muestra la muerte como un colapso energético desde la química, una última explosión de conciencia desde la biología, una reconfiguración del "yo" como patrón de información y un desafío emocional que debemos reaprender a integrar.

Lejos de despojarla de misterio, este conocimiento nos invita a comprenderla con mayor profundidad.

Referencias

- Barabási, A. L. (2016). *Network science*. Cambridge University Press.
- Borjigin, J., Lee, U., Liu, T., Pal, D., Huff, S., Klarr, D., ... & Mashour, G. A. (2013). Surge of neurophysiological coherence and connectivity in the dying brain. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 110(35), 14432-14437.
- Corominas, A. (2019, 7 de noviembre). ¿Qué es la muerte? *Real Academia Europea de Doctores*.
- Sallnow, L., Smith, R., Ahmedzai, S. H., Bhadelia, A., Chamberlain, C., Cong, Y., ... & Wyatt, K. (2022). Report of the Lancet Commission on the Value of Death. *The Lancet*, 399(10327), 837-884.
- Timmermann, C., Roseman, L., Williams, L., Erritzoe, D., Martial, C., Cassol, H., ... & Carhart-Harris, R. L. (2018). DMT models the near-death experience. *Frontiers in Psychology*, 9, 1424.
- Wijdicks, E. F. (2001). The diagnosis of brain death. *New England Journal of Medicine*, 344(16), 1215-1221.

EL LENGUAJE DE LOS QUE YA NO HABLAN

DR. JULIÁN CASTELLANOS



Me llamo Julián Castellanos y llevo veinticinco años ejerciendo como médico forense. Cuando la gente me pregunta a qué me dedico, suelo responder que soy un traductor. Un traductor de silencios.

Estudié medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Facultad de Medicina de Ciudad Universitaria. Allí, entre aulas de paredes amarillas y pasillos de cemento, aprendí a tomar pulsos, a auscultar corazones, a celebrar la vida. Nunca imaginé que terminaría especializándome en su ausencia. La residencia en medicina forense me enseñó que la muerte no es el enemigo: es el testigo más antiguo de la condición humana.

Algunos colegas me llaman, con respeto o con sorna, "el médico de la muerte". No es una descripción precisa. Yo no atiendo a la muerte; atiendo a quienes ya fueron atendidos por ella. Mi paciente no es el cuerpo inerte sobre la mesa de acero, sino la verdad que ese cuerpo aún guarda. La muerte no es mi jefa, es mi informante.

Cada día ingreso a la sala de autopsias y me encuentro con vidas detenidas. Hombres, mujeres, niños, ancianos.

Algunos llegaron con violencia, otros con enfermedad, unos pocos con el simple y silencioso agotamiento de los años. Mi labor es leerlos como se lee un libro escrito en una lengua antigua: con paciencia, con método, con reverencia. El escalpelo no es una herramienta de destrucción, sino de revelación. Cada incisión cuenta una historia que el difunto ya no puede narrar.

La tanatología forense me ha enseñado que la muerte tiene sus propios códigos. Las livideces que tiñen la piel cuentan la última postura del cuerpo. La rigidez muscular revela las horas transcurridas. El contenido del estómago habla de la última cena, de la última compañía, del último instante de normalidad. Soy, en cierto modo, un arqueólogo de lo reciente.

A lo largo de estos veinticinco años he realizado más de cinco mil autopsias. He visto madres que sostenían la mano de sus hijos muertos, he identificado cuerpos en avanzado estado de descomposición, he declarado causas de muerte en tribunales donde el silencio del fallecido pesaba más que cualquier grito. Y sin embargo, nunca me he acostumbrado. Quien dice acostumbrarse a la muerte, miente o ha dejado de ser humano.

No soy un médico de la muerte. Soy un médico que ha aprendido que la muerte también merece ser entendida. En cada cuerpo yace la arquitectura secreta de una vida. Mi oficio es simplemente recordar, antes de que el polvo regrese al polvo, que allí hubo un corazón que latió, unos ojos que miraron, unas manos que amaron.

Y en ese recordar, de algún modo, los devuelvo a la vida por un instante.

SAMANTHA ES SÓLO UN SUEÑO

ENRIQUE VILLEGAS



Los fragmentos en mi memoria son apenas suficientes para recordar esa tarde de lluvia tan extraña que cubría la ciudad. El reloj de la oficina marcaba las 6 de la tarde, así que apagué la computadora con una sensación de letargo y tomé mi paraguas con un molesto dolor en mis articulaciones.

El elevador estaba lleno, pero de inmediato encontré su rostro: el brillo de sus ojos siempre tiene un efecto mágico e impredecible. Samantha me saludó con una sonrisa en los labios, los hoyuelos que se forman en sus mejillas me estremecieron. Caminamos juntos hasta la parada del trolebús, aunque mi destino era la estación del metro, al otro extremo de la avenida, pero no me importó.

Me tomó del brazo con afecto y caminamos tratando de esquivar los charcos que se multiplicaban por la lluvia. En el trayecto, me confesó que los meses que siguieron a su divorcio se habían sentido como un alivio; sin embargo, comenzaba a sentir el peso de la soledad y la ausencia de la maternidad. En ese momento sus ojos se tornaron cristalinos y se quedó callada. Samantha es la única persona con quien los silencios no se sienten incómodos.

Llegamos a la parada del trolebús. Samantha se colocó detrás de una mujer envejecida y encorvada, era la última persona de una fila que ya se extendía hasta la línea del horizonte. Me agradeció por acompañarla y se despidió de mí con un beso en la mejilla. El contacto de sus labios sobre mi piel me hizo olvidar por unos momentos el incesante dolor en mis articulaciones. Entonces, me miró a los ojos de tal forma que sentí que mi corazón se desbordaba. Nunca lo olvidaré. Me dirigí al metro con la emoción del adolescente que acaba de descubrir el amor. Al bajar las escaleras para llegar al andén recordé que, en tiempo de lluvias, la marcha de los trenes es lenta y tediosa, así que imaginé hordas de usuarios arremolinándose para poder acercarse a las puertas y hacerse de un asiento. Pero sólo había unas cuantas personas esparcidas en el lugar. El metro apareció a través del túnel liberando descargas eléctricas como un bólido que intenta romper la barrera del sonido. Sus puertas se abrieron de golpe, con un sonido seco, y encontré un asiento libre, así pude descansar y darle un poco de alivio al dolor. El cansancio y el rítmico bamboleo de los carros provocaron que mis párpados se sintieran pesados permitiendo que una inesperada tranquilidad se

apoderara de mí. De pronto, el convoy detuvo su marcha de manera intempestiva. La fricción de las llantas provocó un chirrido que desgarraba los oídos. Apenas fui capaz de alcanzar el tubo para no salir proyectado. Pero no todos corrieron con la misma suerte; los gritos y gemidos a mi alrededor me hicieron comprender que había personas lesionadas. Una nube de humo blanco nos cubrió por completo entorpeciendo la vista y sofocando los pulmones. —¡Abran las puertas y bajen con cuidado! —resonó una voz grave cuyo origen era imposible determinar. —¡Aquí hay personas que no pueden caminar! ¡Necesitamos ayuda! —se escuchó otra voz y luego otra y otra. Tanto los vagones como el túnel comenzaron a iluminarse con la luz de los teléfonos celulares. Me apresuré a ayudar a tantas personas como pude y luego me reuní con un grupo que se había separado del resto. Ellos discutían sobre la necesidad de avisar a los jefes de estación por lo que el grupo se dividió en dos; yo decidí unirme al que caminaría de regreso, hacia el sur. Durante el recorrido intercambié algunas palabras con Carla, una joven de veintitantos años, originaria de un pequeño municipio de Puebla, enferma de cáncer, que se dirigía al hospital a una sesión

de quimioterapia acompañada de su abuela. Conocí también a un hombre joven, Matías, del estado de Oaxaca, quien debía llegar a la corte para firmar ante un juez como cada semana.

Pero algo nos detuvo en el camino.

Una pared de concreto, rugosa y de superficie accidentada apareció ante nuestros ojos, sobre las vías, bloqueando el túnel. Esa pared no tenía razón de existir. No había explicación alguna. Nos miramos con incredulidad los unos a los otros como buscando en los ojos de los demás una posible respuesta. Alguien intentó tranquilizar los ánimos del grupo asegurando que estábamos respirando cierto tipo de gases tóxicos y que eso justificaba la alucinación colectiva. El joven Matías atribuyó el evento a una intervención divina e insistió en que era el momento de arrepentirnos de todos nuestros pecados. Entonces, Carla caminó hacia a la pared como poseída por una fuerza sobrenatural hasta alcanzarla con su mano.

Ante nuestros ojos, la pared comenzó a engullir la mano de la joven; luego el antebrazo y luego el codo. Desesperada, utilizó la otra mano para sacar su brazo, pero fue inútil. La pared comenzó a tragarse ambas extremidades. Sus gritos se transformaron en alaridos.

Intentamos liberarla, pero la pared se desplazaba centímetro a centímetro y ella, con los ojos desorbitados y ennegrecidos, perdía el último suspiro. Después de unos segundos, Carla había sido devorada por completo.

—¡Se está moviendo! ¡Viene hacia nosotros! ¡Vámonos de aquí! —se escuchaba por todos lados.

Corrimos de regreso por el túnel, pero a tan sólo unos metros, apareció una extensión de la pared impidiéndonos el paso. Los gritos se intensificaron. El estrépito provocado por el grupo comenzó a entorpecer mis sentidos. Las luces de los celulares centelleaban enloquecidas creando un efecto estrambótico.

Caos. Caos total. Me sentí aturdido. Un intenso mareo me obligó a sentarme sobre las vías. De repente, los gritos cesaron. Logré alcanzar el celular con mis manos, aún temblorosas, para alumbrar y ver lo que pasaba; entonces, me di cuenta de que yo era el único que quedaba con vida. La pared me tenía confinado en un reducido espacio y seguía avanzando, mostrándome los cuerpos de los recién engullidos. Entendí que yo era el siguiente.

Una vez más, mis párpados comenzaron a sentirse pesados. De pronto, a la distancia, escuché la voz de Samantha y tuve una visión: vivíamos juntos en una pequeña casa con un hermoso

jardín; sonreíamos, nos abrazábamos, nos besábamos y desnudos bajo las sábanas culminábamos nuestro amor. Luego, Samantha, con los ojos inundados por las lágrimas, me anunciaba que seríamos padres. Pero un dolor penetrante me está obligando a abrir los ojos. He vuelto a la realidad. Tres cuartas partes de mi cuerpo están atrapadas en esta pared de concreto. Siento la forma en que mis ligamentos se rompen y mis huesos se fracturan. La presión está deshaciendo mis órganos internos y, sin embargo, sigo aquí, respirando.

Ahora soy capaz de comprenderlo todo.

La realidad es este suplicio que no acaba y que parece continuar hasta el fin de los tiempos; ahora comprendo que soñamos para escaparnos, para evadir este dolor insufrible y yo... yo sueño con ella anhelando un poco de vida, de felicidad y de amor.

Pero Samantha no es real.

Samantha es sólo un sueño.



MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN

Prometeo desafió a los dioses y robó el fuego para entregárselo a la humanidad. No fue un acto de insolencia, sino una afirmación trágica de amor por lo humano, por su dignidad y su potencia creadora. En La Sombra de Prometeo, ese fuego no es sólo símbolo de conocimiento, sino una llamada urgente a la emancipación del pensamiento, a la rebelión de la inteligencia contra los dogmas de la época. La sombra que lo acompaña no es ausencia de luz: es el espacio fértil donde arden las ideas marginadas, las voces incómodas, los saberes que se atreven a pensar más allá de lo permitido.

No pretendemos repetir fórmulas, sino abrir grietas... grietas donde irrumpen autores que, por su originalidad, han sido relegados. Voces que no encajan, que desbordan, que vibran con un fuego propio. A ellos —a quienes escriben desde la orilla, desde el margen, desde la diferencia— les damos el lugar que les corresponde: el centro del fuego.

Aquí también confluyen autores de trayectoria, porque creemos en el diálogo entre la experiencia y la innovación, entre la raíz y el salto. Somos un crisol en combustión, donde las ideas se mezclan y se transforman, fundiendo filosofía, literatura, arte, historia, ciencia, psicología, medicina, matemáticas y física en una sola llama.

Porque el fuego no se contiene: fluye, muta, resiste. Queremos llegar a todos los rincones donde haya una mente dispuesta a incendiar sus certezas.

No somos neutros, pero tampoco pretendemos imponer. En nuestras páginas convivirán ideas con las que no coincidimos, textos que no nos representan. Publicamos lo que nos incomoda porque creemos, como Georges Bataille, que “vamos a golpear con la cabeza el borde de los límites”. Porque todo lo que importa sucede justo ahí: en el filo, en la frontera, en el temblor del pensamiento cuando se atreve a cruzar.

Nuestra visión es global: aspiramos a construir una comunidad internacional de creadores, pensadores y escritores que compartan nuestra sed por el conocimiento, nuestra pasión por lo que no tiene nombre aún. Queremos ser faro y campo de batalla. Un lugar donde las ideas no sólo reflejen el mundo, sino que lo empujen más allá.

Rechazamos el pensamiento decorativo, las repeticiones vacías, el discurso ideológico que clausura y moraliza. Estamos cansados de las trincheras. Nos mueve lo que provoca, lo que seduce, lo que rasga. Queremos pensamiento que arda, literatura que sangre, ciencia que dude.

Somos una llama en la sombra. Una insurgencia intelectual. Un llamado a los que piensan distinto, a los que no temen el vértigo, a los que han sentido que el mundo necesita ser pensado de nuevo, desde sus escombros. Aquí caben todos los que aún creen que una idea puede incendiar una época.

Esta es nuestra promesa, nuestra misión y nuestro riesgo.

Pensar más allá del margen.

LA SOMBRA DE PROMETEO



EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO



AUTORES

*Publicamos tu obra audaz.
Edición, diseño, distribución
¡Lleva tu historia al mundo!*



ACADEMIA

*Materiales educativos a medida.
Guías, exámenes, libros.
¡Impulsa el éxito académico!*



EMPRESAS

*Contenido que conecta & forma.
Impacto de marca.
¡Fortalece tu voz corporativa!*

*Convierte tu visión en realidad.
¡Contáctanos!*

55 5197 2038 | info@lasombradeprometeo.com | www.lasombradeprometeo.com

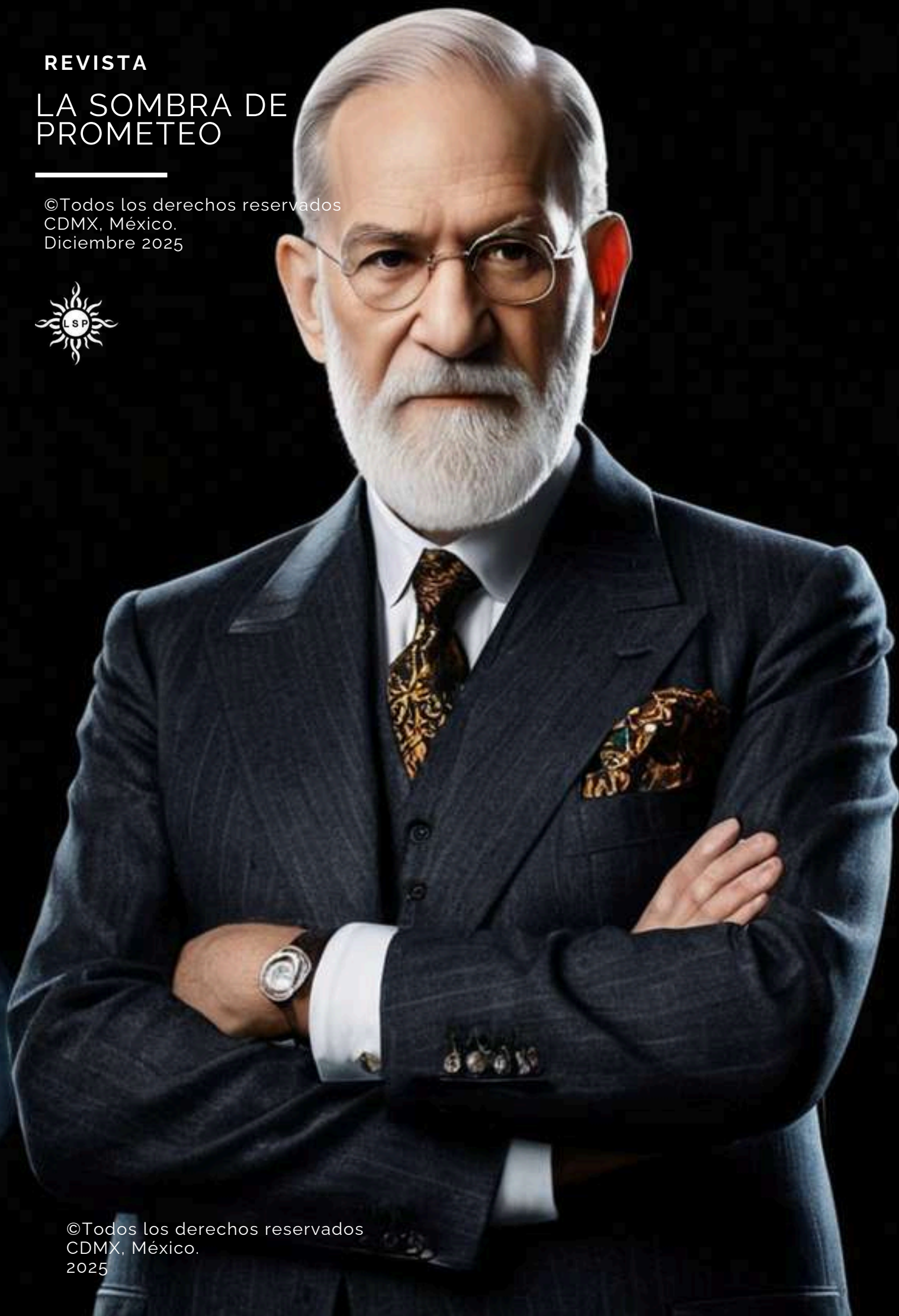
Colección



REVISTA

LA SOMBRA DE PROMETEO

©Todos los derechos reservados
CDMX, México.
Diciembre 2025



©Todos los derechos reservados
CDMX, México.
2025